

# EDIFICIO LA PRINCESA





# EDIFICIO LA PRINCESA



Bruce Swansey

Textos de Difusión Cultural  
Serie Rayuela



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
México, 2014

Primera edición: julio de 2014

D.R. © Bruce Swansey  
D.R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
04510, México, D.F.

Fotografía de portada: Silvia González de León  
Diseño de portada: Mario Roca

ISBN: 978-607-02-5592-2  
ISBN de la serie: 968-36-3763-9

Esta edición y sus características son propiedad de la  
Universidad Nacional Autónoma de México.  
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos  
patrimoniales.  
Todos los derechos reservados.

*Impreso y hecho en México.*

*A la memoria de quienes me han precedido y recupero transformados en Edificio La Princesa: a Julieta y Bruce Swansey, a Tita y Emilia Mimiaga, a Antonio González de Bustamante y Arturo Farjeat, a Jordi García Bergua, Óscar de Luna, Roberto Moreno, María Luisa Elío, Kit Dawson y Amparo Romero, con el cariño de siempre.*

*También ofrezco este libro a los amores que me hacen dichoso de este lado del río. Ellos saben quiénes son.*



## ACECHANZA

Es aquí. En este sitio. Desde aquí domino la calle sin que nadie note mi presencia aunque tampoco me importa ocultarme así que espero. Además todo está escrito. No tengo prisa. Desde que perdí el sueño me he vuelto paciente porque para mí es igual el día que la noche.

No siempre fue así. Al principio era difícil soportarlo. Y aún ahora a veces me revuelvo en la cama tratando de dormir. Me levanto, fumo un cigarrillo tras otro, camino de habitación en habitación, me asomo a la calle para comprobar su aspecto desolado y en cierta forma irreal. Escucho las persecuciones de los perros, sus gruñidos y luego los aullidos de agonía del que han cercado y sobre el cual se cierran los hocicos de la jauría. Vuelvo a mi recámara donde me espera el teléfono que debo esforzarme por no descolgar para marcar el maldito número que se repite infernalmente. El tiempo no deja en paz a nadie.

Y conforme se aproxima la mañana y noto sus primeras señales me agobia pensar que deberé incorporarme y emprender un nuevo día sin haber dormido. Me da coraje. Y envidia de quienes han pasado la noche olvidados de sí, ajenos a cuanto en la vida diurna les pesa. Para mí la noche es una extensión de lo que me roe durante el día. La única diferencia es que cuando todo ha enmudecido el pánico afila sus colmillos. Es el momento en el que pierdo control del automóvil y ya no hay nada que hacer salvo esperar el

impacto, al que sigue el horrible estruendo del hierro sobre el asfalto. Habito la inminencia de una catástrofe.

Para aliviar esta espera puedo salir de mi departamento e internarme descalza en los pasillos que por la noche de tan oscuros parecen infranqueables. No lo son, aunque el aire opone resistencia y al atravesarlo siento cómo se enfría hasta que cerca de la puerta que conduce a la escalera de servicio adquiere una densidad que me eriza el cabello. Me abandono a la sensación sin tratar de protegerme porque sé que intentarlo sería inútil e incluso empeoraría esta crisis en la que se ha convertido la eternidad. Para ser menos desdichada debo repetir sus mentiras y abandonarme a la desesperanza.

Vago por estos pasillos sumidos en tinieblas. Subo y bajo las escaleras principales y las del servicio que se estremecen con lamentos oxidados bajo mis pies y más arriba o más abajo otros pasos reproducen el temblor de los míos. Llego hasta la puerta de entrada y me tiendo en el suelo helado y luego me interno en la parte más desierta del garaje de donde escapa una alimaña aterrorizada. Penetro en la tumba. Y este camisón, tan delgado que de haber luna mi cuerpo desnudo sería visible, es mi mortaja. No hay la más leve huella de ninguna presencia. Nada alienta aquí. Sólo la más cerrada oscuridad.

Me distraigo pensando en los indios, en el blanco de sus ojos y de sus dientes. En Rusia los ojos estaban inyectados y las bocas chimuelas, con dientes amarillentos o francamente ocre y destartalados como teclas de pianos expuestos al invierno en Siberia.

Con el insomnio ha desaparecido el significado del tiempo. En esta espera no hay transcurso. Nada existe fuera de este acto de justicia que estoy siempre a punto de realizar. Me ha sobrado tiempo para meditarlo de tal forma que nadie podrá decir que fui víctima de un momento de irracionali-



dad o que la pasión me cegó, como se dice en tantas novelitas cursis que hacen las delicias de las peinadoras y de las modistillas. No, lo mío es más bien carroña preparada para cebar a las hienas de la prensa vespertina que se regocijarán junto con sus amables lectores ante lo que llamarán mi caída.

El otro día fui a visitar a unos amigos ingleses que viven hacia el sur, en un lugar que llaman Coyoacán. Interminable. Cuando bajé del coche tropecé con un borracho tirado en la calle estrecha frente a una pulquería. El hedor era ácido y penetrante pero la vecindad de la plaza arbolada lo disipaba. Y esta luz que arrebató su ser a cuanto toca, abrumándolo todo. Mis amigos echan de menos la comida. ¿Y qué es eso? ¡Comida de perros!

Muchas veces al cruzar esta oscuridad gélida me considero una Judith, aunque sé que la comparación es inválida. Adolfo daría risa vestido de Holofernes. Sería como un enano que se hubiera puesto las ropas de un gigante. Visto a la distancia es más bien un chico que se esconde de sus padres y de sus maestros y acaso encuentra en esta huida una fuente de excitación que se complementa con un mundo regido por la inexactitud y la frivolidad.

¿Y yo? Tampoco soy una heroína. Soy una mujer que en su supurante madurez se ha encaprichado con un hombre menor en todos sentidos, que exuda un olor a moho, a ropa húmeda parecido al del miedo. No soporta el único espacio en el que se venga y me derrota. Mis regalos han terminado por ser una afrenta y su juventud me envenena.

Quisiera seguir huyendo. Pero ya no hay lugar donde perderse. Las guerras han encogido el planeta. Todo parece indicar que mi exilio se ha vuelto residencia. No el mundo y sus peligros sino esta espera, a veces interrumpida por la curiosidad de un testigo.

Allí está. Sube los peldaños hasta mí. “Buenas noches”, dice tímidamente. Noto que está empapado y adivino que su historia es un reflejo de la mía. Él también ha sido traicionado pero eso no es suficiente para consolarme. Y tampoco lo es para que crucemos la corriente helada que nos separa. Ascende el último tramo de la escalera con lentitud, acaso con el deseo de que una palabra mía lo detenga. Se detiene un momento ante la puerta del departamento y voltea brevemente antes de desaparecer.

Nunca la palabra amor ha sido más grotesca, aunque afortunadamente no la hemos envilecido demasiado porque sabemos que lo nuestro va por otros rumbos. Es cierto que ignorábamos por cuáles y también que nos conducirían a esta encrucijada donde lo espero para cazarlo. En esto no hemos sido distintos. Si cada cual supiese lo que la vida le reserva, el suicidio se transformaría en epidemia.

¡La raíz del misterio! El que corresponde a cada vida. En cuanto al amor, baste decir que no es precisamente fuego de artificio, aunque ciertamente sudor y olores y tacto y algunas palabras deliciosamente envilecedoras. Un ejercicio de encanallamiento gustoso.

Adolfo. Adolfito. Fito el de la cabellera rizada. En él hay algo del reptil que se escurre entre las grietas o cruza como el relámpago la distancia que lo separa del próximo escondite. Algo furtivo y resbaloso que sólo se aprecia desde este puesto de observación. No lo distingo aún pero sé que llegará, descenderá de mi automóvil, la encontrará esperándolo refugiada bajo el alero del edificio de enfrente, disimulada bajo la sombra de los árboles infestados de esos gusanos con el vientre amarillo y el dorso cubierto por una vellosidad negra. Azotadores los llama la criadita que acaba de llegar. Lo sé tan bien que no necesito verlo para saber que está allí, condenado a cometer su infamia y yo a castigarla.

—¡Qué loco estás! ¡Pero qué loco! Lo bueno es que sé que me quieres porque si no, no sé cómo puedo salir contigo —le dice la mujer abrazándolo.

Sus palabras llegan hasta mí con absoluta claridad porque soy yo quien las pone en su boca. No es difícil imaginar lo que dice una tipa ordinaria.

E igualmente los veo como si estuvieran siempre ante mí, en la proximidad de mi habitación. Adolfito ríe como los lobos cuando hincan los caninos en la parte más succulenta de la presa. Ríe con la sangre rebosándole el hocico, con el verdadero gusto que da cebarse en una víctima. Ella se estremece.

Hasta el último momento preferí vagar por los andadores del sueño. Cerrar la puerta para saquearnos. Gozar la luminosidad bajo la cual estallan las buganvilias y elevan las jacarandas su parasol lila y la brisa que mece el follaje enturbiando los pozos de sombra. Me parecía que eso era la felicidad. Él y el milagro de esta ciudad en primavera. Alguien debería escribir un libro sobre los peligros de la cursilería. Preferí creer que la evidencia mentía hasta que escuché aquella voz sigilosa encerrada en la bocina indagando si estaba yo en casa.

Me hubiera gustado hablar apenas descolgué el auricular. Decir lo de costumbre. *Hola. Aló.* O como dicen en este país áspero e incomprensible: *¿Bueno?* Pero algo me cerró la garganta y esperé hasta que aquella voz rompió el cerco del silencio para preguntar coquetamente si era posible hablar.

No me sorprendió. Para entonces era evidente que Adolfo no era una persona en la que nadie pero sobre todo ninguna mujer pudiese confiar. Lo sabía, pero precisamente eso había sido suficiente para inclinarme más aún a favor suyo. Hay algo entrañablemente suave en él, algo que parece previo a toda contaminación pero menos real

que los rizos resbalándole por la frente y esa forma pasiva en la que se tiende sobre la cama ofreciéndose como si se tratara de un banquete. Es el riesgo de confundir la torpeza y el egoísmo con la entrega. Fábula del que confunde el arenque con la velocidad.

Todo sucedió exactamente como ocurre en cualquier historia donde la lujuria se disimula bajo el manto leproso de la sentimentalidad, por más que la novelería haya desquiciado nuestra relación dándole ribetes de tragedia. Estoy convencida de que cuando mucho fue un melodrama. Y diré más: las notas periodísticas aisladas que explotaron el exotismo glamoroso, la pasión desplegada a bordo de un Duesenberg cupé que importé de Estados Unidos porque a Adolfito le encantaba, o esparcida como sal y pimienta la decoración de mi departamento cuya monótona elegancia cromada y glacial habían descrito tantas veces las crónicas de sociales de una ciudad que más bien es aldea, en el fondo no distaban de la realidad. Nada tenía más densidad que los destellos metálicos de la mesa de centro o los guiños de los espejos ciegos.

Siempre supe que el descanso del segundo piso era un sitio estratégico. No me equivoqué. Desde el enorme ventanal domino la glorietta y las cuatro esquinas y más allá hasta el parque. Hubiera sido ideal para un francotirador. Lo es para mí.

Mientras espero a veces los escucho corretear por los pasillos o subir y bajar las escaleras de hierro rechinante, a punto de desplomarse. Sus voces me distraen porque intento ubicarlos pero aunque abandono mi puesto y descendiendo o ascendiendo la escalera, según me parezca que sus voces provienen del nivel superior o del inferior, siempre se me escapan.

A veces me parece que casi puedo tocarlos y que si extendiera las manos lo haría, pero a lo más que he llegado

es a adivinar sus sombras fugitivas que se confunden con la oscuridad. Creo que alguna vez hablan de mí.

—Fue en el descanso del segundo piso —dice la niña.

El niño es más ingenuo y se mueve más despacio aunque tampoco logro tener una idea clara de su fisonomía.

—¿Cómo sabes? —pregunta asustado.

Yo también lo estoy. La detonación es tan fuerte que me cuesta trabajo distinguir ningún otro sonido así que por eso sus voces llegan hasta mí desvaídas y como si tuvieran que atravesar una enorme distancia. Creo que he quedado sorda y que también he perdido la vista porque no puedo distinguir ya ningún color y todo me parece remoto.

—Porque fue allí donde lo hizo —dice la niña tan cerca de mí que puedo sentir su dedo índice rozándome la cabeza.

Antes de apretar el gatillo la segunda vez lo veo caer fulminado como muñeco de feria. Y alcanzo a distinguir los alaridos de la mujer.

—Yo no veo nada —dice el niño extendiendo sus manos hacia mí.

—Es que sólo podemos oírla. Ella tampoco puede vernos.

¿Es cierto que varias puertas se abren inmediatamente después, entre la primera detonación y la segunda? Puede ser que lo imagine. Sólo me preocupa fallar. Creo escuchar el ruido de las puertas de los departamentos abriéndose y hasta me parece ver ciertos rostros sobresaltados. La segunda detonación me ciega. Todo da vueltas y caigo al piso. Por fin concilio el sueño. Eso creo por un instante, antes de verlo precipitarse escaleras abajo y caer a mi lado con un ruido seco, semejante al de una rama rota. Es el cuello. Se ha roto el cuello.

Los niños se alejan corriendo por el pasillo del primer piso y desaparecen por la puerta que conduce a la escale-

ra de hierro del servicio, sostenida precariamente contra la pared como telaraña herrumbrada. Sus pasos y sus voces se vuelven a perder en la sombra. Es el momento en el que todo debe comenzar de nuevo.

Recupero mi puesto. Vuelvo a quedar sola sentada en el quicio del ventanal, acechándolo.

## LEALTAD

Aquí estamos porque así debe ser. Somos la roca donde todo se asienta. Aunque no parezca porque andamos trajinando callados y miramos de lado, abrimos y cerramos puertas y ponemos las cartas y los periódicos como nos dijeron en el escritorio ése que parece mariposa panteonera, mero abajito del arranque de la escalera. Somos lo de menos y lo de más. Porque lo menos y lo más se trenza. Va agarrado. Así va: pegado. Si no, que se lo pregunten a la señorita Olivia.

Aguantamos estas paredes. Aguantar. Para eso nacimos. Así crecimos. Aguantando. Otros vienen y van. Nosotros no: aquí estamos. Y no nos vamos a ir. No tenemos dónde pero aunque así fuera aquí nos habríamos de quedar. Nomás faltaba. Ya estuvo suave de que el viento nos arrempuje como polvo. Aquí estamos. Y aquí vamos a seguir manque a algunos se les atraviere. ¡Nomás faltaba!

Llevamos mucho tiempo aquí. Ya ni me acuerdo cuándo llegamos aunque sí recuerdo el ruido. Yo estaba acomodando cosas en la covacha que tengo en el patiecito al que se sale por una puerta bajo la escalera, detrás del escritorio, cuando de repente reventó bien fuertísimo. Mismamente como trueno. Por Dios que pensé que el alma se me había huido. Peor. Hasta reverberó. Así: primero el golpe-tazo y luego el eco como ondas que parecían echarse sobre todo. Yo brinqué pensando que la bola había vuelto a rodar.

“No son sueños” —me acuerdo que pensé. Y ya cuando me volvía el resuello volví a oírlo clarito. Hasta sorda me dejó. Subí a la carrera, a trancas porque entonces era joven. Y allí estaba la patrona tumbada en el suelo. Allí mero en el descanso entre el segundo y el tercer piso. Y allá en la calle el hombre. Lo venadeó desde aquí, desde esta ventana. Como churea cayó el infeliz. Me dejó asombrada. ¿Quién lo hubiera creído de una señora tan fina que hasta princesa era? ¡Qué tino tenía la cabrona!

El Odilón se salió a ver qué pasaba en la calle porque ya había un alboroto enorme. Todos como zopilotes alrededor del carrote grandísimo de la patrona parado en la esquina, la puerta derecha abierta. Luego me dijo el Odilón que la pinche vieja esa chillaba como puerca atorada. Vieja maricon. Primero ahí anda de nalgas prontas y luego a berrear. Me dijo que tuvo que aguantarse las ganas de romperle su madre allí mismo, a ver si así se calmaba. Pero eso fue hace mucho, cuando apenas llegamos aquí juntos el Odilón y yo.

Bruto, bien bruto. Yo creo que fue el balazo que se le quedó metido en la cabeza. No se lo pudieron sacar. Y ahí estaba porque clarito se le veía el hoyo de entrada y no había ninguno de salida. Aquí nomás, de lado. Un animal. Chaparro retacado pero con una maciza que ya la quisieran pa' lucirla en la procesión los más altos aunque eso sí, nomás un huevo. Qué le vamos a hacer. Nadie es perfecto. Y ni falta que le hace ¿eh? Porque ni se había acabado de aliviar, todavía estaba bien turulato cuando lo llevé al río pa' limpiarlo porque *jedía* rete harto y vámonos recio que es mole de olla. Y yo no me hice del rogar. La verdad le entré con gusto porque total, nunca se sabe cuándo vamos a reventar ni cómo ni en dónde.

Ojitos pardos, opacos como charco de ajolotes. Al principio no entendía nada. Nomás coger. Es lo que más le gus-



ta a mi Odilón. Coger todo el tiempo. A veces se me hace que es la bala encarnada la que se la pone dura. Pero fiel como perro mientras se le consienta el gusto. ¿Y el gusto qué es? ¡P's, carne!

—*Ay, ay aay, dónde andarAAAán, esosojitos que m'icieron suspiraaar...*

¿Y carne de qué?

¿De puerco? Helado

¿De res? Frío.

¿Pescado? Caliente.

Ya me falta poco para terminar el chaleco. Color vino. Es muy aguantador. Casi no se le nota nada. Y me quedan mejor que los de Moroleón, lo que sea de cada quien.

¿De virgencita? ¡Te quemaste! ¡Ay, mamá!

Eso es lo que nos gusta. Así fui. Así le entré, diciéndole muérdeme aquí más cerca del huesito pa' que hincara los dientes donde está más sabroso. Esa noche nos atrinchilamos a la vera del río. Yo no me quejé. Al contrario. Gocé cuando mi sangre se revolvió con el lodo. Nunca me quejé. Me abrí de par en par con ganas acumuladas. Cada encuentro me volvió más honda, como la noche que se traga el día. Ora que lo pienso yo 'biera podido ser puta, como La Bicicleta. ¿Qué importa que fuera coja si en el petate no cuenta? El ojo es otra cosa.

El Odilón es bien fuerte. No pueden con él. Sólo yo, que lo devolví a la vida. Por eso es como si fuera m'ijo. No sería nadie si no fuera mi Odilón. El nombre se lo puse porque fue el dos de noviembre cuando me lo encontré tirado entre los muertos. Fue cerca de Silao. Había una luna bien grande, casi llena. Se veía todo clarito clarito. Me acuerdo que me espanté porque uno se movió y dije ¡órale! Y ahí estaba enterito. Bueno. Más o menos. Lo tenté. Bien durito. La verga bien tiesa, listo pa' cogerse a la pelona. Y ahí sí dije éste me lo llevo y así me lo arrastré.

Nunca me arrepentí. Ninguno le dice quítate que a'i voy. Ya parece. Yo también, si no que lo digan las que trabajan aquí. A mí nadie se me pone al brinco. Y sí, es cierto, fui yo la que le arrancó en el lavadero un dedo a una cabrona que se tiraba los pedos más arriba del fundillo. Era la criada de los franchutes. La del siete. 'Biera estado mejor que se volviera amiga. No lo voy a negar. Hasta me cuadraba.

Llevamos tanto aquí que a veces se me hace difícil creer que antes estuvimos en otras partes. Aunque me acuerdo de hartos lugares. La tierra seca y agrietada como las patas de los soldados. La agarras y se te desmorona entre las manos. Polvorones. Como las vidas tragadas por la bola. Luego oigo las voces profundas de las cascadas. Y las de encimita, por ejemplo un apacle que canta. Y veo allá hasta arriba las nubes bien altas, arreadas como borregos que llevan al matadero. Porque para eso sirven los borregos. Para hacer barbacoa.

—Igual que nosotros Odilón.

—Igual, Juana, igual.

Un rato las nubes están encima estirándose, al otro ya desaparecieron. Como muchas caras que viste varias veces y algunas hasta te sonrieron mientras se comían una tortilla y luego ya ni se la pudieron tragar. ¿El Odilón y yo? No. ¿Cuánto tiempo se necesita p'acompañar a cualquiera al infierno sabiendo clarito dónde se mete una? Aquí estamos y así seguiremos. Es la querencia.

Además siempre me ha consentido mi luz de luna. El Odilón y yo aprendimos a entendernos los modos. Así fue desde que abrió los ojos y allí estaba yo. No voy a decir que no me costó trabajo ni tampoco que no me dio miedo. Sobre todo al principio, cuando empezó a resucitar. Siempre con la verga parada. Se la frotaba hasta que se venía. Varias veces al día. Yo hasta le decía "pinche Odilón, ¡déjate ahí que te vas a enfermar!". Luego se tranquilizaba un rato.

Como el bebé llorón al que su nana se la mamaba pa' que se durmiera. ¡Y se agitaba como gorrioncito el querubín!

Juntos hemos gozado mañanas de jolgorio con virgen-citas que huelen a albahaca. ¡Pura vida!

A veces aparecen entre la neblina para reclamarnos.

—Yo pude haber vivido —dice una.

—Tú cortaste el hilo de mi vida —dice otra.

—Fuiste tú, así lo quisiste aunque prometí callar —dice la otra.

Son muchas. A veces no las entiendo porque suenan raras. Y es que hablan desde muy lejos. Son tantas que se confunden entre sí. ¿O serán las Once Mil Vírgenes? Porque. Eso le dije a la muerte cuando estaba meándose en el tendedero.

—A ver —le dije— ¿quién se iba a detener para pensar entre la premura que meten las balas? ¿Y quién iba a extrañarlas si ya eran agasajo de zopilotes? ¡La vida no vale nada!

La muerte nomás se ríe volteando a donde unos están fumando mariguana sentados encima del tinaco, bien alumbrados.

—Sí, Juana, pero acá ya no había revolución.

—¡Dientes fríos, jija de la chingada!

Los veo que nos miran un momento, pero nomás se ríen y luego siguen encandilándose con la luna. Casi tan grande como la que vi en Silao.

Cuando primero pasó yo pensé que iba a llorar. También que iba a correr. Dejar al Odilón a su suerte. Pero enseguidita pensé que era imposible. Y me quedé mirándolo todo. No la oí gritar. No reparé cómo echaba el aliento. Vi al Odilón. Vi su gozo. Vi sus ojos clavados en los míos. Y me le eché encima y le mordí la boca.

Hasta todavía se me pone chinito el cuero como si de repente volviéramos a estar hechos un animal con seis patas

y tres cabezas y ya no hay cómo echarse pa'tras. Se me salía el corazón por la boca y ella me lo mordía. Su carne apretada. Su boca llena. Y el Odilón empujando hasta dentro, rompiéndola. Estaba demasiado tiernita pero ¿qué importa eso en medio de un campo sembrado de cuerpos destartalados?

Aquí seguimos. Somos como esas piedras de río que aventadas por el agua se quedan ya en su petate de polvo bien adensadas. Nada nos puede mover. Primero porque muy pocos se dan cuenta de que estamos aquí. Luego porque ya no pueden hacer nada. Es la fatalidad.

El diablo ya pasó la factura ¿no?

Y a ver ¿qué más da? ¿Pa qué tanto brinco estando el suelo tan parejo? Pa nada.

—Así mero Juana.

La Tierra sigue dando vueltas penosamente. Rechina moliendo las vidas sobre su cuenco de piedras y polvo. Días hechos de lumbre y noches frías en las que velamos las posesiones de la señorita Olivia. Porque al final nada cambió. Hay que removerlo todo pa' que todo siga igual, ¿a poco no? La bola. Los brincos. Los balazos. El que se le enterró al Odilón en la cabeza. Y todo el alebrestamiento pa' qué, a ver.

—Pa' que te acuerdes, Juana, dijo patas de catre.

Y me acuerdo: Cómo no voy a acordarme. Le chamuscó todo el lado izquierdo y olía a chicharrón. Peor podría haber sido y nosotros no somos de los que les gusta quejarse. Nosotros aguantamos. Por eso nos arrejuntamos. Porque somos igualitos. Yo con mi cuchillo bien afilado, que es lo que se necesita después de las batallas. Él con su carabina, pero mejor con sus puños, que son de fierro. ¡Cuántas jetas han roto!

Así vamos desde entonces, aunque este edificio ya no es lo que era. ¿Qué no ven cómo se pueden ver algunos departamentos desde la calle porque las paredes se cayeron

con el último terremoto? Es como esos caballos despanzurados por los cuernos del toro, con todo el mondongo de fuera. ¿Y no ven cómo todo está enterrado y entelarañado? Aquí no pasa ni una gota de agua por las cañerías orinadas por el tiempo, donde sólo carrerean las alimañas. Nosotros seguimos haciendo lo que podemos y es costumbre pero no basta. ¡Qué va!

Eso le decimos a la señorita Olivia cada vez que viene a recoger sus rentas y a vigilar que todo esté bien. Llega muy catrina, muy perfumada y polveada en su coche azul con alas que echa chispas de precioso y luego se encierra con el Odilón en nuestro cuarto cercas del garaje a hacer cuentas. Nunca falta quien se atrase. Especialmente los pinches alemanes. No tienen vergüenza. Ahí tienen a la vieja chuchuluca a punto de estirar la pata y quieren que se muera gratis los cabrones. Seguro que dejan pasar los tres meses pa' ver si se pueden ir debiéndolos y de paso endilgarnos el fiambre. Así son los pinches fuereños. Todos unas móndrigas liendres que habríamos de correr porque nomás están aquí pa' chuparnos la sangre, viendo qué más nos sacan. Nomás porque parecen masa cruda se creen más los cabrones. Ya parece.

Una vez al mes. Su chofer la espera de mal modo como si se le estuvieran quemando las habas pero no dice nada. Más le vale si quiere mantener la chamba y los dientes. Yo tampoco ando de hocicona. Debe ser como cogerse a una momia de Guanajuato. Boca del pozo donde tiran a los muertos. Panocha agusanada debe tener la méndiga de la seño Olivia. A lo mejor ése es su castigo del Odilón, a él que le gustan las tiernitas igual que a mí. Dios castiga sin palo y sin cuarta o como dice la Sabina, "en el pecado se lleva la penitencia".

Mientras muevo la tierra de las macetas donde tengo la ruda y la mejorana pienso en ellas y sobre todo en una.

Ésa sí no se me puede olvidar. El Odilón la anduvo cazando muchos días. Fue la única con la que quise ponerle un poco de razón.

—Mira, Odilón —le dije hartas veces—, ¿qué no ves que eso no puede ser?

Pero no me oía. Necio pensando en la niña. Y sí, estaba muy chula y poco a poco me fue contagiando la gana hasta que me ganó.

“Mira” —entendí que dijo sin hablar levantando la cara hacia ella la mera tarde que llegaron bajo la tormenta.

Y sí. La vi. Era chulísima. Hasta resollé.

Nunca la voy a olvidar. Ni su vestido verde ni su nombre ni su cara ni el color de miel de sus cabellos. Ni su olor a nardos que se ponen en los altares en mayo.

La traje acá con el pretexto de que su papá de ella le había dejado un paquete con mi Odilón aquí en nuestro jonuco. Un pretexto bien pendejo, ‘ora que lo pienso. Pero la niña vino. Asustadita pero vino. ¡Pobrecita inocente! Cuando se dio cuenta de para lo que la traje ya era tarde. Ya había yo atrancado la puerta. Ya la tenía entre mis brazos. Ya aspiraba el perfume de sus cabellos y el corazón me galopaba desbocado. Lo único que quería era comérmela. Sus pechitos estremecidos entre mis manos. Su cuellito delgadito y suavcito. Y entre más gritó y peleó más gustosa se nos volvió.

Desplumada y rota ya no hubo otra que desaparecerla. La metimos en una maleta desvencijada y la enterramos al fondo del garaje, al lado de las máquinas. Con mucho cuidado el Odilón levantó placas de cemento y esa misma noche estuvo listo el hoyo. Luego volvió a poner las placas que de todos modos se habían cuarteado en el temblor del 57. Aunque su recuerdo se me impone y me doy cuenta de que ahí la *jerramos* pero aunque no me caliente el sol y los dientes me rechinen, por Dios que no me pue-

do arrepentir. ¡Chula como una virgencita bajada de lo más alto del cielo! ¡Por Dios!

Todas son como los borregos y las nubes. Y la albahaca. Y los nardos y las azucenas de mayo.

—Así mero, Juana, así mero.





## ES MEJOR ESPERAR

Hace mucho tiempo mamá no se levanta de su cama. No recuerdo exactamente cuándo sucedió, sino que poco a poco permaneció cada vez más tiempo acostada. O se levantaba un rato y después se acostaba de nuevo porque se sentía cansada, así que todo debe hacerse con cuidado y en silencio.

En aquellos días mamá todavía se levantaba para verme desayunar y llevarme al colegio, pero un día me llamó a su lado.

—Ya no podré acompañarte a la escuela —dijo.

No le pregunté por qué ni ella a mí si sería capaz de ir y venir solo. Aunque la escuela no está muy lejos hay que caminar varias cuadras y atravesar calles o cruzar el parque, que a esa hora da miedo porque está todavía oscuro. La primera vez que salí, después de cerrar la puerta del departamento probé la llave para estar seguro de que podría volver a entrar.

Me encontré frente a un pasillo que se extendía sumiéndose en la oscuridad y a la izquierda, la escalera. Me pareció ver a alguien que se movía al fondo. Bajé las escaleras muy rápido hasta el segundo piso.

Hice esfuerzos por no mirar, pero al final la curiosidad me ganó y deteniéndome un momento miré hacia el fondo del pasillo y creí que había alguien, pero apresurándome de la vuelta y corrí hacia la planta baja.

Ya sólo unos metros me separaban de la puerta de hierro y cristal que da a la calle, en dirección contraria del pasillo que se adentra hacia la parte trasera del edificio, con varias puertas oscuras que señalan los departamentos y una al fondo, a la derecha, que conduce hacia el garaje.

Corrí a la puerta principal y la abrí pero antes de cruzar el umbral y bajar los últimos peldaños probé la llave, que funcionó más fácilmente que la del departamento. Salí al frío de una bóveda exterior que servía para guarecerse de la lluvia y me encontré en la calle con un enorme perro plateado con ojos que de tan claros parecían transparentes.

El animal me miró y gruñó y yo caminé hacia la esquina aterrado, aguantándome las ganas de correr. No había llegado a la esquina cuando oí su carrera y sentí al animal que ya llegaba hasta mí ladrando furiosamente. El corazón se me salía por la boca. Pero entonces descubrí a su dueño, en bata, que fumaba un cigarrillo frente a su casa y observaba la escena divertido. Lo llamó en el preciso instante en el que la fiera acercaba sus fauces a mis piernas. Gruñendo y mirándome como quien desprecia algo tan insignificante como yo aferrado a mi mochila, el animal dio media vuelta y se alejó con trote neumático hacia su dueño que lo esperaba con una gran sonrisa mientras apagaba la colilla con el pie.

Crucé la calle temblando y me alejé rumbo a la escuela atento a cada quicio y examinando los detalles del camellón para asegurarme de que reconocería el camino de regreso. Esa mañana la pasé pensando qué haría para evitar al animal del vecino. Cuando al final del día empaqué mis libros y cuadernos y avancé, calle por calle, como quien explora y conquista nuevo territorio, me detuve en la esquina para examinar el terreno. Estaba libre, así que me apresuré al edificio y metiéndome bajo la bóveda abrí con prisa la puerta y entré.

El contraste entre la luminosidad del mediodía y la oscuridad del pasillo era muy pronunciado y apenas dentro sentí frío. El pasillo se adelantaba en una oscuridad más cerrada y conforme avanzaba hacia la escalera el frío me estremeció. Subí hasta el departamento y mientras abría tuve la sensación de que alguien me observaba. Quien fuera estaba muy cerca de la puerta del fondo a la derecha que conducía a una escalera de hierro para usarse en caso de incendios y la única manera de subir a la azotea, donde se encontraban los cuartos de servicio, unos baños y varios lavaderos. Era como si alguien acabara de cruzar esa puerta aunque no se hubiera movido.

Mamá seguía en cama así que fui a la cocina para ver qué podíamos comer. Vi una lata de sopa de tomate que abrí y calenté y le llevé un plato. Se sentó en su cama. Estaba muy pálida y apenas tomó unas cucharadas.

—¿No quieres más?

Pero mamá, que desde hacía tiempo hablaba poco, sólo negó con la cabeza y sonriendo volvió a tenderse. Me extendió una mano y yo, dejando el plato en el suelo, la tomé entre las mías. Estaba caliente y seca y se podía sentir cada uno de sus huesos. El anillo le bailaba.

Al día siguiente fue lo mismo. El perro del vecino se paseaba por la calle desierta meándose contra cada árbol mientras su dueño en bata, recargado contra la puerta de su garaje, fumaba un cigarrillo. Apenas me vio el animal corrió ladrando hacia mí, clavándome en el suelo. Cuando casi estaba a punto de mordirme el vecino lo llamó mirándome con idéntico desprecio al que percibía en los ojos traslúcidos de la bestia.

Cuando regresé, mamá dormía, así que no quise despertarla y me hice un sándwich con un poco de jamón. Guardé la mitad esperando que mamá despertara y quisiera comer algo, pero la tarde transcurrió en silencio hasta que la sala donde esperaba oírla se inundó de sombra.

Alguien tocó la puerta esa tarde, interrumpiendo mi contemplación del techo. Me acerqué con enorme cautela y esperé en la oscuridad sin respirar. Alguien aguardaba al otro lado, pero me alejé.

—Por lo que más quieran déjenme entrar —habló en voz muy baja.

No volvieron a llamar.

A la mañana siguiente mamá seguía en su cama. Estaba dormida así que no quise despertarla y pensando que lo mejor sería ir a la escuela volví a abandonar el departamento. Esta vez vi a una niña que caminaba hacia mí desde el fondo sombrío del pasillo.

—Hola —dijo—, soy Federica.

—Hola —contesté.

—Yo también vivo aquí —dijo, señalando la puerta de mi casa.

Me pareció muy extraño porque nunca la había visto, pero entonces empezó a bajar las escaleras conmigo.

—¿Cómo no te he visto antes?

Ella no prestó importancia a mis palabras, y en cambio habló de ser más ordenados con la ropa porque mamá estaba enferma. Callé porque era cierto. A veces no recogía lo que me quitaba o dejaba el suéter tirado en el sofá porque sabía que mamá no lo vería.

Así bajamos a la calle y ella, notando que me costaba esfuerzo franquear el umbral, me cogió de la mano.

—No tengas miedo.

Vi que el animal corría desde la esquina opuesta hacia nosotros ante su amo que lo azuzaba, pero cuando se acercó y yo me contraía de pánico, el animal se detuvo enseñando los dientes y sin atreverse a avanzar. En sus ojos traslúcidos había odio pero también miedo, o eso me pareció. Su amo nos miró desconcertado y yo me alejé para cru-

zar la calle. Iba a decirle a Federica lo feliz que me sentía pero ya no estaba conmigo.

Cuando regresé, mamá no se había movido. Estaba como la había dejado, tan delgada que apenas se distinguía entre las cobijas. Afortunadamente Federica estaba allí.

—¿Qué hago?

—Es mejor esperar.

Nos pusimos a jugar a las escondidas aunque no había demasiados lugares pero eso nos distrajo hasta que la sala volvió a inundarse de sombra. Entonces me propuso salir a dar una vuelta.

—¿A dónde?

—Aquí. Hay muchos lugares aquí.

Me puse el suéter y cogí las llaves pero no salí del departamento sin ver que mamá estuviera arropada.

El pasillo parecía muy frío, pero Federica me tomó la mano y corrimos hacia el origen de la oscuridad. Conforme avanzábamos se me enchinó la piel porque el aire estaba helado y costaba trabajo atravesarlo. Llegamos a la puerta del fondo y cruzándola salimos a un descanso de hierro mohoso y oxidado que trepidó con nuestro peso.

Esa noche bajamos al garaje, que parecía vacío. Había que acostumbrarse a la oscuridad para distinguir un enorme bulto.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Es su coche.

—¿De quién?

—De la princesa rusa.

Al fondo, en una oscuridad en la que era imposible ver nada, parecía haber puertas.

—Allí guardan muebles —dijo Federica.

—¿Quiénes?

—Los otros.

—¿Y allá?

—Nada. ¡No te acerques! —me lo dijo con miedo.

Correteamos en la oscuridad y llegamos hasta la doble puerta de la cochera. Desde allí podíamos ver la calle pero me pareció que la gente que caminaba a esa hora no nos oía aunque nosotros hiciéramos ruido al llegar hasta la puerta a la carrera para ver quién era más veloz. Y también me pareció que tampoco podían vernos aunque entre ellos y nosotros no hubiera más de un metro de distancia. El que sí nos distinguió fue el perro del vecino, que se alejó con el lomo erizado.

Regresamos al departamento pero mamá no se había levantado. Yo pensé que debía despertarla pero Federica me detuvo.

—Es mejor esperar.

A la mañana siguiente salimos, como de costumbre, a la escuela aunque Federica nunca llevaba nada. La oscuridad ya no me daba miedo porque podía ver a través de ella como si fuera de día. Tampoco me daba temor salir a la calle y encontrarme al perro del vecino porque sabía que no podía hacernos nada.

Esa mañana corrió hacia nosotros más amenazante que nunca porque su amo lo azuzaba furioso ante su impotencia. La mañana anterior lo había golpeado con un cinturón y lo había metido al garaje a patadas.

Cruzó la distancia como flecha babeante, los bellos crispados sobre sus enormes dientes carnívoros. Pero cuando ya daba el salto cayó a mis pies como un saco vacío. Un leve estremecimiento lo hizo estirar las patas y después suspiró vaciándose hasta quedar inmóvil, los ojos más transparentes que nunca.

El vecino corrió hacia su perro y yo me alejé como si no me hubiera dado cuenta de nada.

—Ese perro ya no va a asustar a nadie —dijo Federica.

Al regreso a casa hacía calor y la luz reverberaba sobre las aceras, que brillaban como planchas de cemento ardiente. Me lloraban los ojos y el sol me quemaba la espalda así que caminé buscando refugiarme bajo la sombra de los árboles. Ni señas de Federica.

Cuando llegué tampoco estaba en la casa y mamá dormía, así que fui a la cocina y cogí una manzana. Creo que era la única que quedaba. La partí en cuatro y guardé la mitad para mamá y un cuarto para Federica, pero cuando llegó más tarde no la quiso.

—Cómetela tú.

Le conté que esa mañana había sucedido algo muy emocionante en la escuela porque en el patio David y yo descubrimos un “niño”. David a veces juega con nosotros en el parque y también nos acompaña en nuestras expediciones a la azotea y al garaje.

—¿Y eso qué tiene de raro?

Le expliqué que no se trataba de un niño como nosotros, sino de un animal horrible y venenosísimo.

—¿De verdad no quieres?

Entonces me di cuenta de que llevaba el vestido verde manchado. Me pareció que era sangre.

—¿Qué te pasó? —le pregunté.

—Es un raspón. Me caí en el parque.

Federica quería salir a explorar el edificio, así que me puse el suéter y salimos de puntas.

—Ven —dijo Federica señalando hacia arriba.

—¿Estás segura?

Pero ya me jalaba escalera arriba hacia otro descanso a cuyos lados había dos barandales muy delgados, uno de los cuales estaba roto.

—Ten cuidado.

El descanso se movía con cada paso, pero ya en los pedregales cercanos a la pared la escalera parecía más fuerte.

Estábamos en la azotea del edificio. A la derecha estaban los lavaderos desiertos y a la izquierda dos hileras de puertas desvencijadas y rotas. Todo parecía abandonado.

—¿No hay nadie aquí?

—A veces puedes oír como que lavan.

—¿Aquí? —y me moví hacia una llave enmohecida que al abrirla chirrió sin dejar salir nada más que una araña que desapareció en un agujero polvoso.

Luego bajamos dos pisos por las escaleras de hierro que temblaban como si estuvieran a punto de caer y entramos. Cuando nos acercábamos al descanso del primer piso escuchamos un estallido que sonó muy fuerte y muy cerca. Luego oímos una segunda detonación y el golpe de algo que cayó cerca. Nos abrazamos y permanecemos así un rato hasta que el eco cesó.

—Fue en el descanso del segundo piso —dijo Federica.

—¿Cómo sabes?

—Porque fue allí donde lo hizo.

Pero cuando subimos no vimos nada.

—Es que sólo podemos oírla. Ella tampoco puede vernos.

Ya en la casa, el silencio se apoderó de todo y yo me quedé dormido hasta la mañana siguiente. Me levanté cansado y con sueño. Vacié lo último que quedaba de la caja de cereal pero era muy poco. Me sentí asustado, sin saber qué hacer ni a quién pedir ayuda. Pensé que desde hacía días mamá no descansaba sino que a lo mejor estaba muerta como el perro del vecino y yo abandonado en un edificio desierto salvo por Federica, que iba y venía sin que supiera dónde se metía durante el día.

Aunque me habían dicho que nunca debía llorar, el consuelo fue tan grande que me senté frente a la mesita de la cocina y lloré hasta quedarme dormido de nuevo. Me despertó la voz de Federica. Estaba con mamá, que por fin



había dejado la cama y se veía de nuevo bien. Sonriente, me extendió los brazos.

—¿Ves cómo es mejor esperar? —dijo Federica.



## EN LAS HELADAS AGUAS DEL CÁLCULO EGOÍSTA

Nunca decidimos lo más importante. Creemos mandar en nuestra vida pero lo fundamental se nos escapa. Me bajo del coche, le doy un beso y al abrirle la puerta escucho un estallido e inmediatamente después se me acerca el suelo. ¿Es Mapi la que grita o una ambulancia? El alarido se desvanece. Una cucaracha corretea jubilosa hacia mi rostro moviendo alternadamente las antenas.

En las heladas aguas del cálculo egoísta lo más inquietante es la soledad. No saber. O saber demasiado. La ambigüedad hace que el tiempo rompa su cauce y al diseminarse detenga su transcurso y se estanque.

¿En qué piensa mientras el viento le levanta la falda? La cité allí adrede, con la intención de que Ana nos viera. Era la última vez que manejaría su coche así que quise recogerla casi enfrente de su casa, justo en la esquina con la glorieta. Habíamos planeado ir a comer a Chapultepec. Luego regresaríamos y esa noche le devolvería su maldito Duesenberg.

Nunca entendí a las mujeres. Parece al revés pero es casualidad. Muy sencillo: nunca me quedo con una. Siempre tengo otra. No niego que con alguna la cosa ha ido más allá del puro cotorreo, pero el chiste está en saberlas maltratar. Les gusta. Entre más perro, más encaprichadas. Son muy raras. Dicen una cosa y quieren otra. Esperan que uno les adivine el pensamiento. Siempre es igual: al prin-

cipio muy zalameras, muy dóciles, *lo que tú quieras mi rey*, y luego los reclamamos, las escenitas, las lágrimas igual de fáciles que ellas aunque luego se hagan las sorprendidas y alarguen las uñas. Todas son iguales.

No sé a quién le cuento esto. Como me sobra el tiempo me hago la ilusión de que hablo con alguien. Las mejores palabras son las que no hemos dicho.

Todas quieren algo imposible. Esos cuentos sobre el amor y la pasión ni ellas se los creen. Si no ¿por qué las casadas se echan amantes? ¿Pues porque se comprometieron a lo imposible y por eso están ganosas! ¿Y por qué están ganosas, a ver? ¿Pues porque están insatisfechas y porque en la variedad está el chiste! Eso de jurar que nomás habrá una persona toda la vida es como aceptar que sólo vamos a comer arroz mañana, tarde y noche hasta que nos salga por las orejas. ¡Está cabrón! Un solo cuerpo. Por el resto de tus días. Nomás una y ya. ¿Y si te salió perra? Te aguantas. ¿Y si no le gusta? Te aguantas. ¿Y si no te gusta? Pues te aguantas.

A lo mejor hay alguien porque a veces oigo que pasan muy cerca corriendo o por los rechinidos de la escalera de servicio sé que suben y bajan. Pero cuando me asomo no hay nadie. Sólo los pasillos desiertos y oscuros y el garaje como boca de lobo. Allí guardaron el carro. Allí sigue. Lo que me espanta es la soledad. Siempre fue lo que más miedo me dio. Ahora sé por qué. Ni siquiera la pobreza o la enfermedad. Las horas que se arrastran sin sentido. La desesperación.

Dejé el restaurante hacia las seis y aunque hacía frío los whiskies me daban más calor que el abrigo de pelo de camello que Ana me regaló. Caminé hasta donde estaba el coche, que todos se detenían a admirar. ¡No era para menos! Un Duesenberg cupé. El único en el país. Bueno, no, había otro, un convertible de cuatro puertas, un gran

turismo también espectacular. Definitivamente mejor que el Pierce-Arrow, digan lo que digan. Los Packard no están mal, pero comparados con el Duesenberg parecen coches comunes.

Aparte del carro siempre me ha gustado la ropa fina y sé llevarla. El traje, del mejor casimir y hecho por Narciso Pedraza. Los sombreros, importados, igual que los zapatos. Y en cuanto a pisacorbatas y mancuernillas, oro de dieciocho quilates. Como el reloj, un Vulcain Cricket, el primero que tiene despertador incluido. Me gusta lo último. La vida se hizo para vivirla.

Aquí en cambio el tiempo es un fraude.

De regreso a casa cruzo el centro evitando la zona donde viven mi madre y mis hermanas. Aunque sea difícil creerlo, los pobres son individuos. Recuerdo cuando murió mi papá. Vinieron a la casa unos señores que trabajaban con él. No sé qué le dijeron a mi mamá pero vi que inmediatamente se echó a llorar y luego hizo el intento de salir corriendo pero los señores la detuvieron. Creí que se la querían llevar presa y me les aventé.

Luego llegaron las mujeres enlutadas. Había sido la maquinaria.

—Parece que lo destrozó —susurró una.

—Sí —contestó la otra—, dicen que de no haber sabido que era él hubiera sido difícil identificarlo.

—Dios lo tenga en su gloria, pobre Ramiro —dijo la tercera, santiguándose.

—Peor que si lo hubiera apachurrado el tranvía —agregó Cástula mientras sostenía la charola con el café.

Mis hermanas, chille y chille. Yo me salí al patio. Nunca me ha gustado que me vean triste. Es como haber sido expulsado de la vida. A mí no. A mí nadie ni nada me va a decir que no.

Vago por estos pasillos frente a las puertas de los departamentos invariablemente cerradas, aunque aún alimento ese orgullo injustificado porque las pequeñas vanidades que tanto disfrutaba desaparecieron hace mucho. A lo mejor ya hasta estoy calvo. Sé que ninguna se abrirá para invitarme a pasar. Por lo que más quieran déjenme entrar, susurro frente a cada una. Es tiempo de dejar atrás la modestia del vagabundo. Por lo que más quieran, digo. Necesito hablar con alguien, contarle que ya no puedo más.

—Por caridad...

Las calles estaban desiertas entonces porque todos tenían miedo de caer tocados por una bala perdida. Había muertos por todos lados. Como perros patas pa'arriba. Así nomás, en la calle, recostados contra la pared como si durmieran la mona pero viéndoles el agujero se daba uno cuenta de que estaban bien muertos.

Vuelvo a vivir la lentitud del tiempo encerrado en esos cuartos en cuyas ventanas se escurre la luz percutida. Y el frío del invierno colándose entre los quicios de las puertas y las ventanas destartaladas. Y el hambre.

Creo que son niños pero sus voces me llegan debilitadas. Hay una mujer a la que sí puedo ver. Vive en el tercer piso, al fondo del pasillo y al lado de la puerta que conduce a la escalera de hierro, a punto de desplomarse.

—Por piedad —murmuro ante su puerta.

Ana es especial. Muy rica. Muy fina. Muy bella. Muy elegante. Muy culta. Es muy muy. Tanto que a veces me cansa. Aunque me ha enseñado muchas cosas. Ahora soy capaz de sentarme sin temor a cualquier mesa. No me abalanzo sobre la comida ni me siento sin acercarle la silla a mi vecina de mesa. No como aprisa ni muevo demasiado la boca ni hago ruidos.

Creo que es princesa, aunque ella nunca habla de su vida de antes. Sé que es rusa y que su familia se fue de

allí antes de la revolución. A París. Los ricos nunca sufren. ¡Hasta las revoluciones son buenas para ellos!, y si no, miren aquí. Rapidito han emparentado con la raza triunfadora. El dinero no huele. Y lo que huele se lava y queda planchadito y fragante. Hasta la caca de perro se vuelve un tesoro transformada por el dinero.

Definitivamente es una mujer, ya vieja. Sola. Debo conocerla. Por Dios, necesito hablar con alguien, estar cerca de alguien. Aquí hace mucho frío y no tengo nada con qué cubrirme.

—Por lo que más quiera...

Ana nunca me pregunta dónde o con quién he estado. Es que las europeas son distintas. Si fuera local ya me estaría rezando el rosario. ¿Sabrá? Ojalá que no. Sería una lástima y lo complicaría todo. Tan bien que estamos así. Cuánto lucen esos anuncios: Salón de belleza Adoración. Coca-Cola. Mejoral. Hotel ¿qué? La luz se derrama sobre las calles.

Aquí a la derecha y en el camellón a la izquierda, vuelta al ruedo, a la derecha y ya está. El edificio de Ana es el único que hay en la calle. Apenas cabe el coche por el tiro del garaje. Eso es lo único que le falló un poco aunque es natural, a las viejas los carros les tienen sin cuidado. Cabe pero con precaución, calculando los lados y después ya entra como cuchillo en mantequilla. Los otros dos coches de los inquilinos pasan bien hacia el resto del garaje, cerca de la caldera. El Hupmobile no está mal.

Vuelvo a contar los escalones, me detengo ante el ventanal y veo el jardín de la casa de al lado y más allá la calle y después la glorieta en la que habré de detenerme para recoger a Mapi. Todo está escrito y es inútil rebelarse.

Ana está en su *chaise longue*. Me acerco, la beso y me sirvo una copa. Ella sigue leyendo su novela. Me siento en el sofá.

—Las calles están vacías —digo por decir.

Pero ella aparenta no haberme oído. Sigue leyendo como si yo no estuviera allí.

“Malo” —pienso sin saber lo que me espera.

Entonces recuerdo que compré un regalito para Mapi y aunque no esté a la altura de Ana me acerco con mi mejor sonrisa.

—Escoge una mano.

Pero no se mueve ni alza la cabeza. Acercó la mano sosteniendo una cajita dentro de la cual hay un prendedor.

Por fin Ana me mira fijamente.

—¿Por qué no mejor se lo das a tu amiguita?

Lo mejor es negarlo todo.

—¿Amiga? ¿Cuál amiga?

Es mejor dejarla hablar porque de esa forma se desahogará y será más fácil reconciliarnos en la cama. Un mal rato se pasa de cualquier forma y estoy seguro de que está enamorada. Preferirá creer que no es cierto o que no lo volveré a hacer. Es como cuando se levanta uno crudo y jura que jamás volverá a beber. “Ay, Dios mío, si con la peda te ofendí con la cruda me sales debiendo”, ¿no? Es una estupidez, el dolor. Y Mapi ni siquiera vale la pena con sus chichitas escurridas y las nalgas medio aplastadas. Eso sí, es bien caliente. No la volveré a ver. No tiene la menor importancia.

—¿Anda cerca? ¿Podemos hablar?

Ana imita la voz de Mapi.

—Ay, qué raro estás. Mejor cuelgo.

Ana se empeñó en aparecer en el directorio. No insistí pero hubiera sido mejor que fuera privado. Me dieron ganas de darle un par de bofetadas. No hay mejor manera de saber cómo es la gente de verdad. Una bofetada y el rostro cambia, recomponiéndose en expresiones que nunca hubiéramos adivinado ni haciendo el amor. Debe ser la humillación.



—Eso —dice indicando con la barbilla hacia la cajita—lo compraste para ella. No la desilusiones. Aunque tú no distingas, a mí no me va.

Juro que está equivocada. Es una táctica que si no ayuda tampoco perjudica.

—No importa —dice Ana—, cuando tú vas yo ya estoy de regreso.

Visto lo cual me desplomo en el sofá. Me hincó a su lado. Le ofrezco disculpas.

—Mi vida —le digo aclarándome la voz—, te lo juro por lo más sagrado...

Y Ana ríe. Una risa cristalina que me desconcierta y contra la que me encuentro totalmente indefenso.

—Me aburres.

No puedo creerlo.

—Eres tan malo que no te darían trabajo ni como extra. Deberías ensayar frente a un espejo. Dicen que es útil.

—Te juro que no lo vuelvo a hacer —digo retorciéndome como babosa espolvoreada con sal.

—Eres patético. ¿Es todo lo que se te ocurre? No lo vuelvo a hacer. Como un nene al que han sorprendido en una travesura. ¡Por Dios, Adolfo! ¿O debería mejor decirte Fito, como tus hermanas?

Nene. Así me dice Mapi. Nene. Fito.

—¿Qué quieres que te diga entonces?

Ana me mira un rato en silencio.

—Nada. Si no puedes pensar qué decirme después de estos tres años no seré yo quien te haga la tarea.

Permanezco en silencio, hincado hasta que ella se incorpora y avanzando hacia el *hall* señala con una mano.

—Te hice las maletas. Puedes dejar las llaves en la mesa del recibidor.

Me incorporo de prisa y corro hacia ella. La abrazo.

—No, por favor. No me gustan las despedidas.

El tiempo estancado sueña con la luz que dejó atrás, antes de coagularse en las arterias del cadáver. La oscuridad fétida me envuelve y ni siquiera puedo oír mi voz que nace afelpada como si tuviera que atravesar una sustancia viscosa. Hace tanto frío que ya no lo siento. Los chinos son los únicos que no creen en fantasmas.

Se llama Rosa. Es doctora, aunque ya retirada. Creo que también es extranjera, aunque por más esfuerzos que hago no puedo recordarla. Es muy extraño porque en algún momento tuve que habérmela encontrado en las escaleras o a la entrada. Pero no, espera. Claro que la he visto recoger cartas con ese nombre: Dra. Rosa Sáenz Mejías. Si es doctora a lo mejor ella puede ayudarme.

Al entrar en su habitación se abre el abismo. La cabeza me da vueltas. Me aferro inútilmente a una identidad que se desvanece mientras me detengo buscándome en la sombra que se insinúa en el espejo de la cómoda.

Me doy cuenta de que la asusto. Su gata abre el hocico y lanza una zarpa contra mí y después sale disparada.

—¡Pumita!

Intento explicarle que no debe tener miedo. Eso quiero decirle. Necesito que me proteja y me dé un poco de calor. Por eso me recuesto a su lado mientras le cuento mi soledad y el frío que me cala hasta los huesos. Pero es inútil. Me rechaza. Le parezco horroroso. Quiero decirle que no siempre fui así.

—Por caridad —le digo—, ayúdeme. Mire cómo estoy desecho.

Pero ella no me escucha. Se agita y para que no huya me le subo encima. Pero es inútil. No está dispuesta a oír nada de lo que le digo. Pinches viejas. Todas son iguales. La veo abrir desmesuradamente los ojos y voltear el rostro en busca de aire y tirar el vaso con agua que se estrella en

el piso. Total, tanto escándalo. Entonces la suelto y me voy. Al cruzar el dintel la escucho caer.

Ana me espera. Los dos estamos condenados a repetir las mismas acciones interminablemente. Es infernal.

Detengo el coche en la esquina. Me bajo a abrirle la puerta. Oigo un estallido e inmediatamente después el suelo se me acerca. ¿Es Mapi la que grita o una ambulancia? El alarido se desvanece. Una cucaracha corretea jubilosa hacia mi rostro moviendo alternadamente las antenas.



## MIS NUEVOS AMIGOS

No sé cómo la gente insiste en que en esta ciudad no hace frío. ¡Si está a 2,300 metros sobre el nivel del mar! Alta montaña: si no estuviéramos tan cerca del ecuador podríamos esquiar como en los Pirineos. Yo vivo congelada, aunque reconozco que la edad influye. Por lo menos tengo a mi gata que cuando reposa sobre mi regazo o sobre mis pies en la cama, me brinda su calor. Y claro, aparte de la edad, los padecimientos de la guerra. Pero como la gente vive persuadida de que goza de una eterna primavera, las casas no están acondicionadas y hace más frío adentro que afuera.

Lo noto inmediatamente. Apenas cruzo la puerta de la calle siento inmediatamente una bocanada de aire helado. Debe ser por la oscuridad de los pasillos, sobre todo en la planta baja, donde la luz llega tan filtrada a través de los tragaluces del tercero y segundo pisos que agoniza en la penumbra. En los días más soleados, cuando afuera la luz baña el mundo y es tan intensa que hiere los ojos y pica la piel, aquí es anémica y apenas permite calcular la extensión del pasillo. Aunque sé qué distancia me separa de la puerta del fondo, desde la entrada parece no tener fin porque la oscuridad se hace densa y la luz que entra a través de la puerta del fondo a la derecha parece lejana.

Nunca me acerco a esa puerta que lleva al garaje —no conduzco ni tengo automóvil—, y evito el antro de los por-

teros, que tienen aspecto de trogloditas. Sin cuello, parecen medir lo mismo de pie que acostados y tienen pinta de perros de pelea. Deben ser empleados muy eficientes porque es evidente que la dueña del edificio, una vieja seca y polveada cuya fragancia dulzona puede olerse antes y después de sus visitas, los aprecia. Odilón y Juana se transfiguran como si estuviesen frente a un ídolo ante la momia desdeñosa y altiva cuyo peinado parece esculpido. Si estallara una bomba a su lado no se le movería ni un pelo.

No me gustaría tener ningún problema con ellos. No soy supersticiosa pero, por las dudas, ¡madera! Modesta, una buena mujer que viene a hacer la limpieza dos veces por semana, me dijo que una de las sirvientas se peleó con Juana en la azotea. El resultado fue que la chica perdió un dedo que la portera le arrancó de una mordida. Se dice que Odilón es boxeador retirado y a juzgar por la nariz aplastada no lo dudaría un instante.

Caminar dentro del edificio es como nadar en el Cantábrico: una tiene la sensación de atravesar franjas frías. Por eso siempre me apresuro a salvar la distancia entre la puerta de entrada y las escaleras. Allí la luz entra a raudales debido a los enormes ventanales que iluminan el arranque del primer piso. El resto del pasillo se alarga en una oscuridad lechosa a medio trayecto, donde está el tragaluz. No soy morbosa ni tengo imaginación pero hundidas en rellanos que rematan en arcos góticos, las puertas de los departamentos tienen la horrorosa sugestión de catafalcos que guardan sellados los cadáveres de quienes han habitado los departamentos antes. Al fondo a la derecha se repite la puerta de cristales que aquí se abre a un descanso de la escalera de hierro de servicio que conecta el patio interior con la azotea.

Cuando subo o bajo las escaleras procuro nunca ver hacia el pasillo porque ya se sabe que por el rabillo del ojo se

ven cosas extrañas. Deben ser recuerdos de la guerra, imágenes que se me han quedado grabadas en la memoria y con las que me iré a la tumba. De cuando en cuando, por un instante, dudo haber cruzado el Atlántico. Todavía temo que vengan a por mí, que en cualquier momento me prendan y me paseen rapada expuesta al odio de la gente que no se harta de sangre, y de que acaso ni siquiera llegaré a la cárcel, destrozada por las mujeres en la calle. Pero yo no soy el enemigo. Soy apenas el objeto de su odio, el cuerpo que quisieran quemar en una pira en la plaza pública. El fuego. No les basta la llama del amor ni la del odio los sacia. Quieren el fuego para quemar a los distintos. A veces mis pesadillas son iluminadas por el resplandor de las llamas del auto de fe, el núcleo de nuestra historia desgraciada.

Afortunadamente yo vivo en el tercer piso, porque es el más iluminado. Desde la ventana de la cocina puedo ver afuera los hilos enmohecidos de la escalera de hierro y cuando hace viento la oigo rechinar arañando la pared. Es un lamento agudo y herrumbrado que cuando tiembla se vuelve estrépito.

Cuando regreso de noche hay una lámpara adosada a la pared, pero su luz es mortecina y produce una penumbra inquietante. Por eso cuando entro en mi departamento enciendo una luz tras otra. Es ridículo que a mi edad todavía me atemorice la oscuridad, pero así es. Me consuela saber que los dos niños que corretean por los pasillos no estarán lejos, aunque nunca he podido verlos y ellos no parecen advertir mi presencia, absorbidos como están en sus juegos. Los niños cuentan con su crueldad para protegerlos.

La radio es buena compañía para los que vivimos solos. Me gusta escuchar música y a veces sigo alguna radionovela mientras ceno mi quesadilla de cada noche y bebo mi taza de manzanilla. Siempre lo mismo. Me gusta. Las tortillas suaves son más fáciles de masticar que la corteza del

pan y con el queso derretido no están nada mal. Ligeras y alimenticias.

Por la noche no puedo comer mucho porque tengo pesadillas. Todavía me estremece recordar que hace poco me quedé dormitando en el salón. Estaba sentada en el sofá en el que escucho la radio y donde también leo. Debe haber sido tarde porque todo estaba en silencio cuando sentí muy cerca de la nuca una respiración pesada que me sobresaltó. Desperté angustiada pero me tranquilizó pasear la vista por el salón. Todo estaba en orden. Pero de pronto volví a sentir el aliento de alguien que respiraba muy cerca de mi nuca y me rozaba el lóbulo de la oreja derecha. Escuché un suspiro, o mejor dicho un estertor. Me incorporé y me volví para ver quién estaba allí pero no había nadie. Debe haber sido una pesadilla tan vívida que atravesó la barrera del sueño.

Hay quienes creen que soy aburrida porque encuentro una gran seguridad en la rutina. No me molesta hacer todos los días lo mismo. Al contrario. Así fue como estudié medicina en una época en la que las mujeres se dedicaban al hogar. Gracias a la disciplina que se me da de manera natural y a un sincero amor por el conocimiento pude terminar la carrera. No me importaba pasarme empollando los fines de semana mientras la mayoría se volcaba en las calles y en los cinematógrafos, en los cafés y más noche en los teatros o en los restaurantes y en los salones de baile.

Nunca eché de menos ese ajetreo. Lo que yo deseaba era una vida de trabajo, cuidando de mis pacientes, y eso es precisamente lo que la maldita guerra me dio junto con el hambre, la incertidumbre, luego, los bombardeos, los cadáveres tirados en la calle, los edificios que mostraban paredes de las que aún colgaba un cuadro, un espejo roto, la fotografía de la familia que ya no existía y esta impotencia que me ha perseguido toda la vida al ver cómo se



les encogía el dedo índice a mis contemporáneos a fuerza de oprimirlo contra las mesas de los cafés convencidos de que ese año perecería el infame dictador que en cambio sobrevivió a la mayoría de los exilados. Todavía recuerdo esas casas cercenadas, los interiores a la vista de los transeúntes que tememos el momento en el que una bomba nos dejará tirados obscenamente en medio de la calle, entre los escombros, como perros reventados. Y luego la huida en coches, en autobuses, a pie, más cadáveres abandonados en las cunetas a veces a bordo de coches destruidos, las mulas rebosantes de podredumbre rodeadas de nubes de moscas.

Afortunadamente todo eso ha pasado ya. He sobrevivido. Pero no se me escapa cómo me miran algunos de los vecinos.

“Es comunista” —susurran los ignorantes.

“Es roja” —asienten los otros.

“¡Uy, qué barbaridad!” —dicen las mujeres como quien ha visto al demonio.

¡Qué saben lo que soy quienes han pegado en sus puertas esas estampitas azules con la figura de un pez sobre el que se lee en letras blancas “Este hogar es católico”! El pez apostólico avanza primordialmente contra los protestantes y aunque no realicen ningún tipo de proselitismo, advierte: “Absténgase de cualquier propaganda contraria a nuestra fe.” Pero, ¿se puede saber quién creería que semejantes brutos pueden razonar? Son idénticos en todo el mundo, orgullosos de cuanto ignoran. Aferrados al odio. A éstos también les gusta el fuego. Pero alimentan sus calderas con carne de indio. Muy orgullosos de su pasado pero la palabra “indio” es uno de los peores insultos. “Pinche indio”, le dice un indio al otro.

Como extranjera debo guardar silencio por agradecimiento. Ningún país nos ha acogido así. Nunca me cansaré de repetirlo. Aprecio la rutina que me he construido

porque de ello depende mi relación con este nuevo mundo que me sigue resultando ajeno. La verdad es que añoro España. La tortilla de patatas no sabe igual a este lado del mundo. Ni siquiera las flores captan la misma agua que nutre sus pétalos, sombra de un fuego lejano. Las rosas no son las mismas aquí. Ofrenda festiva y funeraria, una flor nunca está quieta, nunca es idéntica. Su color se enciende y desvanece de forma única. Y me digo que esto debe ser a causa de su naturaleza efímera, que perpetúa algo en esencia transitorio, como la vida misma.

La rutina es lo único que permanece de una identidad que casi perdí mientras esperaba frente al mar plomizo y bajo un cielo tan cargado de nubes que daba la impresión de que si me hubiera estirado habría podido tocarlo. La rutina para evitar perderse y como consuelo de haber sobrevivido. La rutina me sirve como trinchera para luchar contra los fantasmas que se niegan a permanecer anclados en el pasado. Los muertos gozan de mejor salud que los vivos.

Hace poco, por la tarde —aunque aquí las siete ya es por la noche—, escuché un par de detonaciones. Su estallido resonó en el edificio amplificándose en ecos horrorosos. Y luego nada, silencio. Escuché cómo se abrían algunas puertas pero yo permanecí aterrada dentro de mi departamento, la mirada llena de imágenes escalofrantes. Lloré a causa del pánico y después en una calma como hacía mucho tiempo no sentía. Cuando me fui a la cama ni siquiera tuve que leer para conciliar el sueño, que tanto nos rehúye a los viejos.

Dormí profundamente y de un tirón varias horas porque cuando desperté amanecía. Era todavía una luz tenue la que entraba por la ventana, que se reflejaba sobre el espejo. Escuché el ruido de la puerta abriéndose y pensé que era Modesta, pero inmediatamente me di cuenta de que todavía era demasiado temprano. Permanecí en la cama

sin saber qué hacer, escuchando atentamente el avance de unos pasos arrastrados. Mi gata se inquietó erizando el lomo hasta que un hombre acaso demasiado bien vestido pero muy sucio apareció en el dintel de la puerta de mi habitación.

Llegó de una manera casi violenta, abriéndose paso entre el aire que se enfriaba cada vez más rápidamente. ¿Qué ser era ése? Uno que ya no estaba escondido, que venía de no sé dónde, que entraba por no se sabe qué lugar, algo que aparecía sin haber sido convocado. ¿Tendría parentesco con la muerte?

Haberse muerto de verdad es lo que ningún ser, incluso esta gata que ahora bufá y abre las fauces, puede aceptar. Por eso salta de la cama y huye despavorida.

—¡Pumita!

El pánico me paralizó y aunque lo vi avanzar hacia mí segura de que me asesinaría fui incapaz de gritar. Mi gata bufó y saltando fuera desapareció. El hombre llegó hasta mi cama, se quitó el sombrero, se dio la media vuelta, se sentó y después, con gran lentitud, se acostó a mi lado con respiración pedregosa. Sentía su brazo al lado del mío y podía adivinar su perfil muy cerca. Pero era incapaz de mover un músculo hasta que él se acercó más, presionándome el costado.

—Por el amor de Dios —dijo con una voz empañada y lejana.

No pude soportar su contacto viscoso y haciendo un movimiento instintivo de rechazo provoqué que él volteara su rostro hacia mí. Sin que me diera cuenta cómo y sin que pudiera impedirselo, con un movimiento desconcertantemente rápido, se colocó encima. Su peso y su aliento fétido sobre mi rostro me impedían respirar y cuando sentí que estaba a punto de morir asfixiada luché por quitármelo de encima. El hombre no se movía, los ojos velados y su

cuerpo inerte y helado como si procediera de una tumba antiquísima.

Por fin pude desprenderme y caí al suelo, pero cuando me incorporé el hombre había desaparecido. La cama quedó totalmente revuelta. Además, con la brusquedad de mis movimientos tiré el vaso al suelo. Se rompió y el libro cayó encima del agua. Pasé el resto del día asustada, cavilando acerca de si estaré perdiendo la razón. Eso sería lo peor que podría suceder. ¡Sobrevivir la guerra para luego sucumbir a la demencia senil! Incluso una sentencia de muerte es menos terrible que la certeza de estarse hundiendo en un mundo de pesadillas y ser incapaz de evitar el naufragio.

Para no pensar en todo esto ni en que mi gata no aparecería por ningún lado salí por la tarde temprano a estirar las piernas en el parque. En el descanso del segundo piso me encontré a una niña que avanzó hacia mí desde el fondo del pasillo.

—Hola —me dijo sonriente. Y antes de que tuviera tiempo de contestar me cogió la mano.

—Soy Federica —dijo.

—Hola —respondí—, yo soy Rosa.

Detrás de ella surgió un niño.

—Éste es mi amigo Raúl —dijo Federica.

—Hola, Raúl. ¿Así que sois vosotros los que jugáis en los pasillos?

Los chicos sonrieron pero no me respondieron. En su lugar me acompañaron abajo. Me sentí aliviada y hasta ligera en su compañía, como si con cada escalón menos se me quitara un año de encima. Cuando llegamos a la planta baja me acerqué al escritorio donde Juana deposita diariamente la correspondencia y los periódicos para recoger el mío.

—Siete de noviembre —le dije a los niños—, es que ya no sé ni en qué día vivo.

—¿Y eso qué importa? —dijo Federica.

Me desconcertó su respuesta pero más una mancha oscura en su vestido que no había notado antes. Creo que era sangre seca.

—¿Pasó algo? —pregunté señalando con el rostro hacia la mancha.

—Nada. Un raspón —dijo ella, extendiéndome la mano.

Inmediatamente noté que por primera vez la fecha carecía de importancia y que tampoco me interesaba saber la hora. Salimos a la tarde bañada por una luz que me pareció de oro, una luz benigna que destacaba cada objeto sin arrebatarle su ser. Al lado de los niños me sentí feliz experimentando un sentimiento gozoso e intenso de plenitud injustificada.

En el parque me senté en una banca y mientras ellos jugaban en el prado cerca del estanque revisé el periódico. La primera página estaba dedicada a la sucesión presidencial y a la toma de posesión que sería a fines de mes. Anécdotas sobre el nuevo presidente, a quien le gustaban los automóviles. Se decía que por eso le cerraban el viaducto, para que pudiera jugar a las carreras. Las esperanzas renovadas. Las promesas de justicia. El reparto agrario continuaba aunque era difícil imaginar de dónde sacaban tanta tierra ni tampoco si lo que repartía cada gobierno merecía la pena. El Goyo Cárdenas, un asesino en serie. Lo de costumbre. Era agradable estar allí bajo el sol. Cerré los ojos un momento y cuando los abrí para renovar la lectura encontré una nota que me heló el corazón.

La nota decía lo siguiente: “El seis de noviembre del año en curso la Dra. Rosa Sáenz Mejías fue encontrada muerta en su departamento. La policía fue alertada por una vecina que detectó un mal olor persistente que fue intensificándose hasta transformarse en un hedor insoportable. La Dra. Sáenz había muerto cuatro días antes pero como vivía sola nadie se percató de su desaparición.”

¡Increíble! Continué la lectura con taquicardia.

“La señorita Catalina Villalpando, su vecina, reportó su desaparición a la policía. Al parecer la Dra. Sáenz sufrió un ataque cardíaco masivo aunque había señas que revelaban una fuerte actividad física, como si la hoy occisa hubiera sostenido una lucha intensa. La cama estaba revuelta, una de las almohadas tirada en el suelo junto con un vaso roto y un libro. A su lado, en el piso, encontraron el cadáver. El rostro de la difunta tenía la expresión de quien ha experimentado pánico antes de expirar. El caso ha sorprendido a las autoridades porque la puerta estaba cerrada por dentro con llave, no había huellas dactilares en ninguna parte y dado que el departamento de la Dra. Sáenz está en el tercer piso resulta improbable que alguien hubiera penetrado en su casa por alguna de las ventanas que se abren al patio interior del edificio y al garaje.”

Pensé que debía tratarse de una coincidencia, pero aún así se me heló la sangre.

“El Inspector Nazario Bermejo ha declarado en exclusiva a *Últimas Noticias* que aunque la autopsia revela un ataque al miocardio como causa de la muerte, las circunstancias del deceso de la Dra. Sáenz son misteriosas. En efecto, porque si la susodicha fue capaz de agitarse tanto en su cama hubiera podido utilizar esa energía para levantarse y caminar hasta el teléfono situado en el vestíbulo de su departamento y llamar al hospital más cercano. De haberlo hecho, hoy la Dra. Sáenz acaso estaría viva. ¿Qué le impidió buscar ayuda? ¿A qué obedecen las señales de violencia? Éstas y otras preguntas exigen respuestas que el Inspector Bermejo se ha comprometido investigar.”

Mi primer impulso fue incorporarme y gritar, pero al ver que todo a mi alrededor seguía como siempre, que nada extraño ocurría, decidí contenerme. “Tranquila, Rosa, tranqui” —me dije varias veces hasta serenarme. De hecho

me sentía mejor que nunca. Luego me pareció que todo es incomprensible y las palabras sólo sirven para ahondar el misterio del mundo.

—¿Regresamos ya? —me preguntó Raúl, sentándose a mi lado.

Hasta esta tarde ignoraba que tuviera una homónima y aunque parezca demasiada coincidencia porque compartía conmigo la profesión y los apellidos, lo cierto es que yo estoy viva y camino de regreso a casa en compañía de mis nuevos amigos con quienes disfrutaré una buena taza de chocolate caliente y unos bizcochos que he guardado sin saber que los conservaba precisamente para ellos. En cuanto a la posibilidad de haber perdido la razón, ya no me inquieta. Tampoco haber muerto de un ataque cardíaco.





## AQUÍ

Todavía hay pedazos de membrana adheridos a las paredes de la garganta, pero puedo hablar libremente. No carraspeo, no dudo. Al lado de esa pared había un jardín.

— Pasen por aquí señoras y señores, bienvenidos al Circo Pompeyo, donde pueden ver a Chapo y Chepo, los payasos más payasos del mundo...

Hay niños que ríen o gritan histéricamente cuando un saco de harina les cae en la cabeza en el circo improvisado en el traspatio, entre la cocina y los cuartos de la servidumbre, para cobrar la entrada a los parientes que acuden complacidos de antemano. Además del espectáculo venden limonada que todos compran y nadie bebe.

Pero eso no sucede. Este jardín de la memoria está hecho de sombra y flores de ceniza que estremecidas se deshacen.

Contemplo esa escena subida en un banco, protegida detrás de las cortinas de mi recámara. Hay muchas otras cosas que podría recordar. La abuela loca que me hace señas desde el mirador al que asciende para peinar su larga cabellera naranja, por ejemplo. Pero sólo esa escena ha echado anclas en la memoria: los dos payasos y el más pequeño que pretende ser una enana.

Recuerdo sólo lo que no deseo recordar y me pregunto la razón por la cual habrán elegido divertirse a mi costa. Por eso preferiría olvidar. Cada recuerdo es una navaja muy fina que me levanta minuciosamente un tramo de

piel. Además, tampoco creo en mis recuerdos. La mayoría son inventados. No por ello menos reales. Creo que nació en una concha. Como Venus.

¿Qué hace toda esa gente que va y viene y se afana? Come, coge y luego se muere.

“Era una nena tan chiquita pero tan chiquitita que dormía en una cáscara de nuez. Su mamá había quitado todo eso que hace las cáscaras de nuez tan incómodas y en su lugar había puesto algodón y seda y era la mejor cama del universo. Allí dormía Almendrita, arropada por cobijitas muy suaves y abrigadoras, y cuando despertaba su mamá le tenía preparada una taza de agua caliente de rosas donde se bañaba y después la cubría con vestidos muy hermosos que había cosido mientras Almendrita soñaba.”

Los miro detrás de la cortina. Arriba la anciana loca nos maldice.

—Pasen a ver a la enana Blancaflor... —señala hacia el pequeño, a quien le han pegado sendos globos en las nalgas.

El futuro aguarda a mi vecina en forma de una gata hambrienta que merodea su cadáver lamiéndole el rostro con su lengua rasposa. La ronda. Cada lengüetada aquilata su dulcedumbre. Se percata de la cita con nuestro auténtico doble. Lo bueno es que nunca sabemos distinguirlo aunque habite dentro de nosotros. Es el aire enmohecido que respiramos.

Llamé a la policía porque hacía días que no la veía y empecé a percibir un olorcillo rancio, como de gusanos en celo. Pero ¿qué digo? ¿A qué huelen los gusanos en celo? ¿A sangre y cartílagos? ¿A queso?

Aquí sólo hay humedades que se rinden ante el polvo.  
Nada más.

El tiempo es una gran puerta que rechina sobre goznes oxidados. Hay asientos aparentemente inconquistables. Montañas en cuyas cúspides el aire brilla agitado por

uniformes familiares. El viento azota las calles y algunas me obligan a seguir con fingida indiferencia su curso. Hay maniquíes cubiertos de costras que extienden sus brazos de ceniza. Hay escaparates como ojos ciegos que esperan melancólicamente en la avenida reflejando a los transeúntes y los automóviles detenidos bajo la hora Haste. Atada a una voluntad que no es la mía, soy incapaz de desviar mis pasos que encajan sobre su propia huella.

El cristal sobre el que debía anunciarse la mañana es el mismo sobre el que se clausura la tarde volviéndolo todo incierto. Aquí no hay término ni división. No hay antes ni después. No hay nunca ni jamás ni olvido. Tampoco descanso. El tiempo se ha detenido incapaz de renovar sus mentiras. Cesa el día y la noche sin que ninguna luminosidad disipe la sombra que dilata su espesor.

—Pasen a ver cómo Blancaflor danza sobre la cuerda en las alturas altísimas...

Salto con agilidad de gacela. Velozmente, para evitar llamar la atención. Me molestan los mirones que apuestan acerca de si seré o no capaz de montarme sobre el banco frente a la barra donde suelo comer. Cuando voy con Julieta nada me importa. Pero la mayor parte del tiempo como sola. A Laura no le gusta que nos vean juntas. Jamás me invitará a su casa y menos ahora que Poncho y Licha están en edad de casarse. Sé cuánto le divierte a los imbéciles ver el vuelo de mi falda estampada esperando verme los calzones, entretenidos con mis zapatillas de charol colgando en el aire. Un fenómeno.

—¿Lo de siempre?

Soy mujer de hábitos acendrados. Eso significa un sándwich de tocino y lechuga y una taza de café mientras me sumerjo en la lectura de alguna novela que puede o no ser seria. Alterno Proust con Ed McBain. Hubiera podido ser detective. Por eso llamé a la policía mucho antes de que

cualquiera se hubiera percatado de la desaparición de Rosa. Mucho antes de que Juana y Odilón corretearan alrededor de los policías simulando trabajar. Incluso conozco la causa de su muerte.

Recorro las mismas calles que son siempre otras. Conozco todos sus detalles y puedo evocarlos con fidelidad fotográfica. En la esquina el salón de belleza donde Marilú me atiende como reina ¿eh? Nada de “reinita”. Yo, reina. A la derecha la tienda donde hacen copias fotográficas de documentos importantes, en la contra esquina la panadería y frente a mí el del quiosco de revistas y periódicos atendido por un hombre que bien puede ser filósofo y a quien ahora saludo. Apesta y lleva el pelo muy largo y grasoso, pero es buen hombre. Siempre me guarda los Burrón. Sabe que soy aficionada. Aquí entre nosotros, me gustaría ser Borola.

Más allá la farmacia, en la esquina de la gran avenida, y al otro lado la gasolinera.

—Sólo Blancaflor vuela, sólo ella camina sobre el hilo más delgado, pasen a verla con su capa de mariposa...

Cuando Rosa murió adopté a su gata. Era lo único que me faltaba para ser auténticamente una solterona. Le había comido la mitad de la cara y me costó mucho trabajo que el animal se tranquilizara. Estoy segura de que sabía lo que había hecho pero al mismo tiempo está instintivamente atada a la necesidad de alimentarse. Cada uno es el marrano del otro. La gata y yo nos entendemos. Ella me mira con sus ojos de esmeralda y espera. Calcula si mi rostro es más dulce y carnoso.

“Era tan pequeñita que la palma de la mano era enorme. Un pañuelo le servía de toldo cuando su mamá la sacaba al jardín.”

Conforme avanza, una sombra oscurece muy rápido cada habitación. Los focos parpadean y luego su intensidad decrece. Esa luz anémica es peor que la oscuridad total,

porque sume la habitación en una penumbra incierta y permite que cada cosa cobre apariencias diversas. El sofá deja de ser el sofá. Las cortinas ya no son cortinas. El perchero se vuelve especialmente amenazante porque cambia de lugar.

Las medusas hechas de tiempo alargan sus tentáculos translúcidos.

Mis vestidos son vaporosos. Mis cabellos ensortijados y fragrantes. Veo mi rostro enorme sobre la formica roja de la barra y quisiera no haber nacido.

—Cata cara de papa.

Yo sé por qué murió Rosa. Y también sé la causa de los estallidos, la historia reventada una y otra vez. Eso se mete en cada cosa, habitándola desde dentro. Creo que se debe al gusto que le da experimentar la existencia silenciosa de los objetos, pero con cada experiencia su ambición crece robusteciendo su apetito de vida y ya no se conforma con instalarse en cosas inertes. He visto moscas volar a una velocidad extraordinaria, danzar a mi alrededor más golosamente que de costumbre y posarse cerca para mirarme con sus ojos apeñuscados. No es común que una mosca se detenga y te observe como quien quiere grabarse en la memoria tus rasgos. Las moscas carecen de importancia, menos ésta, que no es sólo una mosca.

“Pero Almendrita creció y debió volver al país lejano de donde había venido y su mamá no podía resignarse a ponerla en la corteza de nuez y depositarla en el río. Sentía que en cualquier momento el corazón se le partiría.”

La gata también lo sabe. Por eso huye aterrorizada buscando dónde refugiarse. Sabe que *Eso* la persigue y quiere metérsele dentro para saber cómo es la vida vista por una gata. Las moscas son vértigo del espacio. La vida carece de peso y es aire. Una vida dominada por la eficiencia del autómatas resuelta en premura.

Una gata es otra cosa. No es sólo la belleza. A lo mejor entre las moscas hay las que destacan por su hermosura, que nosotros somos incapaces de reconocer. Pero, ¿qué tal las que parecen azabaches? ¿O las gordas y grandes que de tan negras azulean suntuosas como lentejuelas? Quizá en su mundo sean deslumbrantes y las otras moscas se arroben al mirarlas con todos esos ojos que les infestan la cabeza.

¿Pero, una gata? Todos podemos reconocer la belleza de los felinos. Incluso quienes son alérgicos admiten que son animales muy hermosos. Es tan evidente su belleza que resulta estúpido encomiarla. Comparada con las moscas, la gata es mucho más densa y compleja. Su vida es elasticidad, ritmo y equilibrio. Es una vida en la que hay decisiones, juegos, esperas. La gata que le comió la cara a Rosa tiene los ojos verdes. Son estanques cubiertos por una película de cristal. Joyas son sus ojos. Ella sabe cuán hermosa es y se regocija en su belleza.

—Cata pasito tun tun ...

A diferencia de una mosca, la gata suele tener nombre. Ésta se llamaba Pumita. Pero ahora que es mía no tiene nombre. Es gata. Nunca la llamo ni digo mishita mishita. Sé que después de haber devorado las mejillas de Rosa no es sólo un animal, sino algo intermedio, un puente tendido entre dos mundos. La gata me comunica cosas de las que yo no me daría cuenta. Recorre el departamento registrándolo desde puntos de vista muy distintos. Examina el suelo, conoce los muebles a fondo, posada sobre el armario lo domina todo desde arriba. La gata es guardiana del miedo que compartimos.

A veces exploro el edificio con los dos niños que me encuentro en las escaleras.

—¡Qué bonito cabello tienes! —me dice Federica, sosteniendo entre sus dedos de alabastro mis rizos oscuros cuidadosamente producidos por Marilú.

Es muy agradable. Una aventura, con las escaleras de hierro que están a punto de ceder. Por instantes me hacen creer que no conocen la diferencia entre una enana y una criatura.

Esto es lo que es.

Este incesante retorno al lugar del crimen, a la espera, a la inminencia del instante, el sitio donde tejemos la eternidad porque fuera de estas veredas todos los caminos han sido vedados. La encrucijada permanece para recordarnos que elegir carece de importancia.

La gata arquea el lomo.

Ya está aquí. Lo siento.

—¿Ves cómo titila la luz, cómo se funde uno de los focos produciendo pequeños sonidos metálicos?

—¿Dónde? —pregunta Raúl.

Aunque señale con mis dedos cortos y gordos ya no puede ver los chisporroteos de la luz en la lámpara del salón. Tampoco yo.

¿A quién le hablo, sola como estoy en medio de esta ruina desierta? La gata se eriza, se retrae, lanza una zarpa al aire sombrío y abre las fauces de las que sale una nubecilla de vapor. Y huye pero incapaz de encontrar un refugio llega a mí y se posa en mi regazo clavándome las uñas en los muslos.

—Cata cuerpo de tapón...

Yo sé que la gata no es la gata sino *Eso*. Y sé cuánto placer debe darle andar metido en ella y ver el mundo como lo ve ella, a través de sus ojos claros como el agua. Sé el gusto que debe experimentar al estirarse o al brincar y sin esfuerzo trepar a los muebles.

Nunca cerré para siempre ninguna puerta. Ni me despedí definitivamente de ninguno. Han permanecido aquí a pesar del abandono. Aquí. Recorren los mismos senderos y saben que en un recodo del camino nos volveremos a en-

contrar porque todo lo que tenemos es esta vigilia. El sol no es blanco porque no hay sol ni la luna amarilla porque no hay luna. Y el cielo ni es cielo ni es azul.

Le gusta cazar moscas o arañas y si desaparece es porque *Eso* la obliga a irse lejos en expediciones sanguinarias. La otra tarde me esperó con un pájaro entre las fauces sangrientas, un pájaro que liberado un instante agitó las alas como un juguete mecánico. Intenté quitárselo pero me arañó y mordiéndolo se metió debajo de la cama. Allí fue donde después encontré un ratón arropado en telarañas. Lloré de asco pero me consoló que días después la gata regresara.

Mis palabras se repiten sofocadas. Tengo tierra en la garganta. Las polillas revolotean en el cuenco de mis ojos. Hubiera querido decir algo que todos escucharan pero el polvo es más poderoso.

Eso ya se le salió. Ojalá no vuelva.

Parece increíble pero ayer existió. Y mañana ya roe los talones de quienes hoy recorren las calles bajo la engañosa luz del mediodía. Sus voces se sumarán al rumor del viento.

—Catalina manitas de puerco...

Una mosca observadora, una gata golosa y yo, una enana ágil.

Los espejos no aguardan en vano.



## FEDERICA

—¿Qué te pasó? —me preguntó Raúl.

Me hice la distraída y después de un momento le dije que no era nada. Yo pensé que cuando se secase no se notaría tanto. Me da vergüenza pero por más que la lavo y la tallo vuelve a aparecer. Y eso que no han visto lo demás.

Luego Rosa me lo volvió a preguntar. Le contesté que no era nada, que me había caído en el parque pero por las caras que pusieron no me creyeron. Como son mis amigos y entre amigos no hay secretos decidí contarles lo que sucedió. Fue en el departamento de Rosa una tarde de mucho viento. Afuera la escalera de hierro arañaba la pared como si a cada empujón tuviera que sostenerse para no caer.

Mientras Rosa terminaba de preparar el chocolate sin saber todavía que no lo beberíamos pensé cómo se los diría. Hace tanto tiempo de eso que no me acuerdo exactamente cómo fue. Ni quiero.

En eso estaba cuando aparecieron mis papás. Empacaban para mudarse, así que debían entrar a mi recámara. La habían conservado tal como yo la dejara aquel viernes para irme al colegio. Como nunca pudieron encontrarme, aunque supieran que no regresaría se empeñaron en mantener la esperanza, que es lo peor.

—Nunca debí haber tomado ese trabajo. Yo sabía que algo pasaba porque empezó a cerrar la puerta con llave —se

recrimina mamá, como si la necesidad fuera la causa de lo que ocurrió.

Ese dato los retuvo aquí, fresca la herida, en busca de una señal que les permitiera saber para por fin estar en paz.

Mamá repite lo que ha dicho infatigablemente.

—Al principio esperé pensando que habría salido al parque, pero cuando oscureció empecé a alarmarme. Fui a la portería pero Juana y Manuel negaron haberla visto. Ellos habían salido y acababan de regresar. Era su tarde libre y no la iban a desperdiciar quedándose en el trabajo.

Rosa me observa muy atentamente. No sé por qué, pero creo que ella se imagina lo que sucedió. Lo que me pasó.

La policía vino a investigar. Recorrió todo el edificio.

—¿Y esto? —dijo el agente.

—Un coche viejo —respondió el portero.

El policía quitó la lona que lo cubría.

—¡Órale! —dijo el agente Gutiérrez escalando el estribo, deslumbrado por el coche de la princesa rusa.

Papá fue quien debió enfrentar la tarea de revisar mi habitación para decidir lo que se llevarían y qué regalarían a san Vicente de Paul. Lloro en silencio como hacen las personas acostumbradas al dolor. Y mamá trata de consolarlo aunque rece para morir.

—Lo peor —dice— es no saber si está viva ni dónde está.

Yo estoy aquí, a su lado. Pero no me pueden ver. Saben que no regresaré porque se los he dicho muchas veces. Aunque estén dormidos sé que me escuchan. Por eso aceptaron irse por fin de aquí, donde ya no hay esperanza.

En el nuevo departamento una tarde papá se armó de valor y sacó del cajón de su escritorio mi diario. Lo besó como si fuera yo misma antes de abrirlo y luego aspiró profundamente el olor de las páginas viejas. Leyó un rato pero no pudo seguir. Me recuerda todos los días cómo era antes, cuando éramos felices sin saberlo. Guardó el diario,

permaneció sentado sobre la cama y después se acercó a la ventana. Mamá lo encontró mirando fijamente el suelo de la calle, siete pisos más abajo.

Aunque dolorosa, la lectura se ha vuelto una visita. Por eso es un diario interminable que crece con cada lectura.

Pero todo esto pasó después.

Llegamos a vivir aquí bajo una lluvia tan fuerte que las gotas rebotaban contra el suelo y volvían a subir. Corrimos la corta distancia que nos separaba desde el taxi, pero aun así nos mojamos. Esperamos a papá en la entrada protegidas de la lluvia en el rellano mientras pagaba al chofer.

Como la puerta es de madera, hierro y cristal, mientras esperábamos pude ver hacia adentro un pasillo que me pareció muy largo porque se hundía en la oscuridad y era imposible ver dónde terminaba. A los lados había puertas que como la de entrada repetían un arco que las sumía en la sombra.

Sin que mamá tocara el timbre una sombra se acercó balanceándose.

—Pase señora, pase.

En el quicio de la puerta abierta estaba una mujer con el cabello recogido en la nuca, la cabeza pequeñita, gorda y casi enana, cubierta con un chaleco oscuro que no le cerraba sobre el vestido. Tenía el ojo derecho más pequeño y un tic que le jalaba la boca del mismo lado. En eso llegó papá dando grandes zancadas porque ya se habían formado charcos sobre los que caían las gotas trazando círculos rotos por más gotas que extendían la piel reluciente del agua sobre el pavimento. Recuerdo el olor de la tierra mojada.

Adentro el pasillo estaba muy oscuro y hacía más frío que afuera. Mamá tembló ajustándose la mascada. Con buen sentido del humor papá dijo que en Semana Santa agradeceríamos la frescura del viejo edificio.

—Además el departamento tiene mucha luz, ya verás.

Adentro esperaba el marido. Se emboscaba detrás de un gran escritorio de madera sobre el que pude ver cartas y periódicos.

—Buenas tardes —dijo papá, pero el hombre apenas contestó. Parecía esperar que alguien le diera la oportunidad para pelear. Era también muy bajo de estatura y tenía la nariz aplastada sobre una cara que me recordó la de la Esfinge. También tenía ojos muy chiquitos que bailaban de un sitio a otro hasta que los fijó en mí.

Un relámpago iluminó la covacha que formaba la vuelta de la escalera bajo la cual estaba el escritorio. El hombre iba vestido como si fuera maquinista de tren, de mezclilla, con un paliacate amarrado donde debía haber estado el cuello y llevaba una camiseta de mangas muy cortas y estiradas sobre los brazos y las manotas cerradas en puños de hierro.

Pensé que estaba a punto saltar sobre mí y me dio un escalofrío.

El hombre entregó las llaves a papá.

—Ésta es la de la entrada. Y ésta la del departamento —dijo como si estuviera enojado.

Subimos y me alivió ver un gran ventanal abierto al jardín de la casa vecina y más allá la calle que terminaba en una glorieta en cuyo centro se alzaba una palmera tan alta como los edificios, rodeada de cuatro fuentes desbordadas. Las gotas azotaban el vidrio abriéndose en estrellas que filtraban la luz sucia de la tormenta y que deshechas resbalaban sobre los escalones como temblorosas víboras de plata.

Papá abrió la puerta y cediéndonos el paso nos dio teatralmente la bienvenida.

—¿Qué le parece a Su Majestad el castillo?

Mamá avanzó a tientas atravesando un pequeño vestíbulo y yo corrí entre las habitaciones. Al fondo hay una

cuya ventana se abre al patio interior. Desde allí vi al portero cruzándolo. Precisamente en ese momento volteó y deteniéndose, hizo una mueca. Yo me escondí tras la cortina y regresé con mis padres.

—Bueno, Federica, ¿te gusta?

Me pareció un lugar extraño pero no dije nada.

—Ya verás lo contentos que vamos a estar aquí —dijo mamá.

—No pongas esa cara. Es temporal. Cuando menos lo esperes ya no estaremos aquí —dijo papá abrazándome.

—¿Y María?

Mamá sonrió, negando en silencio. Entendí que ya no trabajaría con nosotros y eso fue lo que más tristeza me dio. Recordé que cuando nos despedimos me aseguró que vendría a visitarnos, pero yo sabía que no volvería a verla.

El resto de la tarde se fue en colocar los muebles y hacer las camas bajo la luz de las velas porque nos quedamos sin electricidad hasta que fue hora de dormir.

—Que sueñes con los angelitos —dijo mamá después de darme un beso en la frente mientras me arropaba.

Mi habitación es la del fondo, cuya ventana de noche parpadeó con temblores azules seguidos de una oleada que penetró la cortina y tiñó las paredes de rojo.

Me acostumbré pronto a los cambios. Comparado con mi colegio anterior, éste es pequeño. Es más chico que la casa donde vivía porque apenas tiene un patio de cemento y al frente un corredor en el que crecen plantas cubiertas de polvo. Mi salón de clases está en lo que antes fue una recámara.

—El mío está en otra —dijo Raúl.

En el recreo los niños juegan pateando la pelota contra las paredes. Las niñas saltan y cantan canciones o trenzan tiras de plástico. Creen que soy extranjera porque me llamo Federica y tengo el cabello rubio.

Mamá empezó a trabajar para ayudar a papá, así que los dos estaban fuera cuando yo regresaba de la escuela. Pero siempre había comida porque mamá dejaba todo preparado la noche anterior. Lo único que tenía que hacer era encender la estufa y calentarla pero a veces no me daba hambre y comía cuando ellos regresaban. En esa nueva vida las horas se arrastraban. Me sobraba tiempo para hacer la tarea y leer. Luego prendía el radio porque me recordaba a María y lo bonito que hubiera sido estar en otra parte.

A eso de las seis llegaba mamá y entonces todo cambiaba. Juntas poníamos la mesa, cocinábamos para el día siguiente y calentábamos la comida, así que cuando papá llegaba todo estaba listo.

Un sábado me llevaron al zoológico, que apesta horrible. Tuvimos que caminar entre la caca de los caballos y de las chivas que jalan unos carritos. Hacía mucho calor. Fuimos a donde están los osos polares pero sólo vi uno durmiendo a la salida de su cueva. Como todo es blanco la luz encandilaba. Luego vimos unos elefantes que parecían montañas de tierra seca y agrietada y unos changos que habían aprendido a burlarse de la gente salpicándola de pipí. Esto daba mucha risa a todos. En su jaula bostezaban los leones. También vi una pantera que se paseaba de un lado al otro en su jaula. Estoy segura de que a ella también le hubiera gustado estar en otra parte.

Ése fue el último fin de semana que pasé con ellos. Comimos en el Roma, un restaurante italiano. Yo pedí pizza, y mis papás, pasta. En las paredes había carteles de ciudades italianas.

—¿Te gustaría ir a Italia? —preguntó papá.

—¡Claro!

—¿A qué parte? —quiso saber mamá.

—A Venecia, mira qué bonita es. En lugar de coches hay lanchas.

Mamá sonrió.

—Un día iremos.

Luego muy rápido llegó el domingo. Cruzamos el parque para ir a la iglesia. Ya estaban allí los vendedores de paletas y helados haciendo sonar las campanillas de sus carros. La mañana estaba llena de globos con cara de gato y tentáculos de pulpo.

Pasó algo muy raro en misa. Todos estábamos de pie menos una viejita gorda que parecía hecha de malvavisco. A su lado estaban dos niños vestidos de blanco que tenían unas navajas. Las abrieron y con la punta rasgaron la piel de los brazos fofos de la viejita. Debe haber estado dormida porque no se movió. Cada vez que la gente se paraba, ellos volvían a cortarla. Al final de misa, cuando el padre dijo que podíamos irnos, vi cómo le escurrían unos hilitos muy finos de sangre. Se lo dije a mis papás pero no me creyeron. Eso me puso de mal humor hasta la tarde porque yo no digo mentiras.

El lunes siguiente, al regreso de la escuela, el portero me abrió la puerta. Parecía que me estaba esperando. Y el martes fue lo mismo. No sabía si adelantarme corriendo desde la escuela para no encontrármelo o si, al contrario, quedarme más tarde haciendo la tarea. Esto fue lo que hice pero tampoco sirvió. Aunque el miércoles recé para que no estuviera allí, a las tres y media la puerta se abrió como si fuera la de la cueva de Ali Baba. El jueves me siguió hasta el departamento y se quedó atrás de mí respirando muy fuerte mientras yo abría la puerta. Apenas dentro la cerré muy fuerte.

Cuando llegó mamá tuvo que tocar el timbre porque no podía entrar.

—Mi amor, ¿por qué cierras con llave?

—¿Pasa algo, princesa? —preguntó papá.

Pero yo no dije nada porque pensé que no me iban a creer. El viernes regresé del colegio sin que hubiera nadie

en la puerta. Respiré contenta pero cuando iba a subir la escalera, Odilón se me apareció en el pasillo.

—Tu papá me pidió que te entregara algo.

Yo esperé en silencio.

—Lo tengo en el cuarto del garaje. Ven conmigo y te lo doy.

La puerta estaba entreabierta y dentro estaba su esposa sentada frente a una mesa tejiendo.

Me detuve en el quicio pero él me dijo que pasara. Ella siguió tejiendo como si yo no estuviera allí. Entré y pasé al fondo, a otra habitación. Entonces ella se levantó y fue a la puerta para cerrarla. Yo estaba con el portero, en el cuarto del fondo.

—Qué chula eres —me dijo bufando.

El hombre se acercó a mí alargando la mano para tocarme el cabello. Yo me hice hacia atrás y luego me di la vuelta para salir por donde había entrado, pero la mujer bloqueaba la salida. Vi que había cerrado la puerta que se abría al garaje.

—¿Verdad Juana que está muy chula?

Ella sonreía con esa mueca que le jalaba el rostro enseñando unos dientes que parecían clavos negros.

—Está. Y muy tiernita, Odilón. Una virgencita de mayo.

—Déjenme salir —les dije con la voz entrecortada por el susto.

—No llores, mi reina, no seas escandalosa. Ni quien te haga nada, ¿verdad Juana?

—Ni quien, Odilón —dijo la mujer sin moverse.

—A ver: si me contestas una adivinanza te dejo salir —dijo Odilón.

—Déjenme salir —repetí, tratando de abrirme paso pero Juana era muy fuerte. Me agarró de los brazos y Odilón se acercó por detrás abrazándome muy fuerte. Luego



puso una mano en mi pecho con la otra empezó a tocarme y me levantó la falda.

—No grites —dijo Juana respirando pesadamente debido al forcejeo —al fin que nadie te va a oír.

Nada más me acuerdo de eso. Luego ya no sé. Pero por eso llevo el vestido manchado de sangre.

Rosa y Raúl se levantaron de sus sillas y se acercaron a mí, abrazándome. Los tres lloramos mucho tiempo. Después nos secamos las lágrimas y sucedió algo maravilloso porque cuando me levanté vi que la mancha había desaparecido.



## VOLAR

Primero camino a grandes pasos. Tres, cuatro, al quinto reboto en cada pie como si saltara. Seis, siete, al noveno brinco gano altura y el último me impulsa hacia arriba, donde me sostengo elevándome. Leve, leve, una pluma se alza *gruvy, güey*. Me da un poco de miedo pero más gusto porque desde arriba veo todo sin que nada de lo que ocurre allá abajo se me escape ni me afecte.

—¡*Camaronshain!*

Miro las hortensias azules, a los chavitos jugando en el parque, a la vieja que lee el periódico sentada en la banca, a quienes se apuran para ir al trabajo, el perro que trota neumáticamente meándose de tramo en tramo, los coches que avanzan por la avenida y a la chava que casi atropellan en la esquina por cruzar la calle sin fijarse.

—¡Qué buen patín, carnal!

Luego comienzo a planear. Pura buena onda. Siento el viento en el rostro y en todo el cuerpo. Un aliviane, *güey*. Peso menos que una hoja de papel impulsada por el aire pero, a diferencia de algo inerte, gobierno mi vuelo. Ascendiendo y descendiendo a mi gusto, cada vez más rápidamente, de tal forma que las golondrinas resultan lentas. Pero no hay acelere. Todo es suave. Las veo detenerse azoradas en el penacho de una gran palmera.

Algunos allá abajo se dan color de mi presencia y se quedan alucinando, ¿no?, sin poder creer lo que ven bien

friqueados, güey. Como los rucos que se están poniendo más gruesos que la caca de perro con los estudiantes, ¿no? Todos allí parados. Hasta los patos en el estanque. ¡Pinches rucos de mierda!

Desciendo en picada, feliz de que me miren ejecutar una proeza. Buena onda. Pero veo que se ponen bien intensos y escapan en todas direcciones. Me asusta el miedo que les provoco. Pero también me llena de alegría. Pienso que así deben sentirse los *friks* en los circos.

—Estoy bien grueso, hijo.

Creo que por eso pierdo el control. Porque me doy cuenta de que tengo miedo. O de que soy incapaz de controlarme. Eso me saca de onda bien grueso, güey. Este viaje está tan *jevy* que ni siquiera sé cómo me veo. Grueso. A lo mejor algo se ha superpuesto a mi rostro y ya no soy yo ni mi apariencia es la de antes. A lo mejor soy horrible. Debo serlo por el pancho que arman los niños en el parque. Se me eriza la piel. Mala onda. Me espeluzno. Me clavo y paso muy cerca de algunos que huyen y gritan aterrorizados y asciendo a una velocidad increíble sólo para volver a bajar dispersándolos. Qué onda. Soy el único que puede volar. Neta, güey.

Regreso a pie, aunque por el esfuerzo que me cuesta caminar me exaspera la pinche lentitud. Caminando es muy difícil escapar. Serio, cabrón. Nada se compara con volar. Lo máximo. No quiero hacer nada más. A la chingada todo.

Ignacio colgó todas las colas para orearlas y que se sequen. Son muchas. Resinosas. Sabrosas. Dentro del departamento crece un bosque al revés, las raíces en el techo. Avanzo apartándolas. Me detengo para saludar a los jefes de Ignacio, que desde el estante del refrigerador me miran sonrientes. También saludo a doña Laureana, que vive en el estante inferior, muy cerca del foco. Paz y amor. Es una lástima que no tenga anteojos oscuros porque debe de ser como vivir pegada al sol, pero a ella no parece incomodarle.

—*Laureana in the sky with diamonds...*

Debe de hacer calor porque en la mano derecha sostiene un abanico. Creo que está cerca del mar. Buena onda el mar. Me cae: puro *purple sunshine*, güey.

Saco una chela porque acá también hace calor. Una *Elo-dia* ¿no? Es Semana Santa. Ahora entiendo por qué me costó tanto caminar de regreso. Es que el pavimento se ablandó como si fuera de chicle. Hijo de su puta, güey.

—Toma —me dice Ignacio ofreciéndome una cucaracha bien gorda.

—Para probar, hijo —añade, hablando para adentro.

El sol entra a raudales por la puerta abierta al balcón. Arrugo los ojos porque tanta luminosidad deslumbra.

—Lamparazo, hijo —dice Carola, gran sonrisa debajo de las gafas oscuras a la John Lennon. Bien chidas. Me cae güey.

—Pura *Golden* —dice Ignacio poniendo un disco de Led Zeppelin.

Me echo en el colchón, en el suelo, al lado de Carola y fumamos escuchando la música. No hay prisa. Tenemos la eternidad para que resuene dentro.

—'Sta buenísima, *ca'ón* —digo súbitamente feliz y los tres reímos hasta que nos duele el estómago.

Cuando despierto, Ignacio y Carola han desaparecido. En lugar de sus carcajadas escucho las carreras de unos niños. Sé que son niños porque los he visto afanados en sus juegos. Chido, güey. Busco a mis cuadernos sintiéndome muy extraño, con una ansiedad que me muerde por dentro. ¿Estaré erizo? ¿Será, güey? Tengo la sensación de que se fueron hace días porque las colas han desaparecido. En su lugar cuelgan telarañas. ¡Putá! ¡Se atascaron los cabrones! Debo haberme quedado dormido y me abandonaron. Mala onda, güey.

Necesito encontrarlos. Pero mientras enciendo lo que queda del toque. Eso me aliviana un poco. Deben de ser cerca de las siete porque la sombra comienza a inundar el apartamento y está más bien fresco. No sé por qué, pero me acabo de dar color de que hace mucho no como. Pero no tengo hambre. Ni en cuenta. Ya hasta se me olvidó comer. Todavía tengo dientes pero no los uso. Por eso estoy tan flaco que si me quito la camiseta se me ven todos los huesos. A Carola le dicen Cletito, por esqueletito. A mí, La Marimba. ¡Qué hueva, *ca'ón!*

Me veo en el espejo del baño. Es mi nariz. Aunque me noto los ojos demasiado hundidos siguen siendo café claro, igual que el cabello que me cae lacio sobre la nuca. La piel estirada sobre la cara y la nuez disparada fuera del cuello. La neta me aliviana no haber cambiado desde la última vez que salí a volar.

Dejo el departamento y me hundo en un estanque de sombra. Bajo al segundo piso donde me detengo porque me parece haber visto que alguien avanza lentamente desde el fondo del pasillo pero de pronto la veo sentada en el marco de la ventana. Un alucine la chava. Siempre está en el mismo lugar, como quien espera distinguir algo allá afuera. Pero es imposible porque todo está muy oscuro y además frente a la ventana se alza una pared enorme y tan alta que incluso en los días soleados la luz llega hasta aquí sucia y debilitada, con hueva y de mala gana.

Alguna vez que no vaya armada se lo voy a preguntar. Es una chava todavía joven, una ñora muy elegante aunque viste un camisón muy delgado que me deja verle los pezones, muy acá, güey. Cachonda, la güera, me cae, güey. Es raro ver a alguien así aquí porque los departamentos de la planta baja están ocupados por servidoras del placer que salen a trabajar con los murciélagos. A veces escucho sus alaridos y sus risas de hiena incendiando la noche. ¿El es-

trépito?, sí, el ruido de los muebles contra el piso como si cada noche los cambiaran de lugar.

El resto no es muy fino que digamos. Seguro que algunos carnales nomás cayeron. Paracaidistas. Pero la ñora no. Es alta, delgada, rubia. Muy pálida. Y carga una pistola con cache de nácar. Una pistolita chida. Debe ser para cuidarse de la tira, que anda gruesa con la Olimpiada. Como las moscas cuando va a llover. ¡Pinches perros!

La saludo pero ni en cuenta, sigue alucinada ante la ventana ciega sobre la que se acumula el polvo y las costras de lodo dejadas por la lluvia. Voltea y fija en mí sus ojos. Cuarzos azules que captan un resplandor de plata atornillados en una máscara de porcelana.

—Es aquí. En este lugar.

Asiento, aunque no le agarro la onda de a qué se refiere. Mejor sigo hacia el pasillo oscuro y camino hasta el fondo porque Ignacio y Carola deben haberse trepado a la azotea. Les gusta mucho encaramarse en el tinaco más alto y darse toques allí. Alucinan que están en contacto con Isis. Carola es sacerdotisa de Isis. Muy densa, ¿no? Bien *gruvy*. Por eso está pelona.

Cuando estoy por cruzar la puerta que se abre a la escalera de servicio oigo clarito una detonación que reverbera en todo el edificio. ¡Qué pinche sacón de onda, güey!

Me detengo jadeante, peor que cuando escalamos pachecos El Chico.

Entonces agarro la onda. Entiendo. Corro de regreso y otro estallido, esta vez muy cerca, me frena instantáneamente. El eco es insoportable. Las puertas se abren y cierran solas en la oscuridad. Espero y subo al descanso donde la güera está tirada. La bala le atravesó la cabeza y rompió el ventanal. Siento una ráfaga de aire frío. Y un perfume.

Afuera la escalera de hierro cruje bajo mis pies y en el primer descanso se estremece. Si me balanceo veo que se

desprende un poco de la pared con un quejido chirriante. Podría caerse. Me cae, güey, no mames. Bastaría un movimiento brusco. ¡Qué loco! Eso pienso viendo el suelo de cemento allá abajo y lo que se siente estrellarse de cabeza.

Subo el último tramo de la escalera oxidada y tuerzo a la derecha. Los lavaderos desiertos bajo la luz de la luna parecen otro planeta. Los oigo reír. Deben estar por aquí. Les grito pero no contestan. Cuando llego a donde creí escucharlos su risa vuelve a sonar pero en otro lugar. A lo mejor viene de uno de los cuartos abandonados donde hace mucho vivían las sirvientas. Abro una puerta tras otra. Todos los cuartuchos apestan a humedad. Es un aire estancado como si cada agujero en los pisos estuviera rebosante de lodo. Hasta las ventanitas parecen abrirse al fondo de un pantano.

No los encuentro. Regreso a los lavaderos y me trepo al tinaco más alto, justo donde a Carola le gusta invocar a Isis. Coloco la escalera de madera a la que ya le faltan algunos palos. A cada paso la escalera se separa de la pared pero cuando me detengo vuelve a apoyarse. Hay que tener cuidado porque aquí no hay nada salvo el vacío. Desde que aprendí a volar puedo subir a sitios muy altos y desprotegidos y no me da miedo. Antes sudaba frío del acelerar. Las palmas de las manos me dolían. Tampoco aquí hay nadie. Sólo la noche que se abre como el océano. Sin límites, güey.

Me siento un rato observando el ojo de la noche eterna. La luna está llena y me llama. Siempre me ha fascinado, pero más cuando está al alcance de la mano. ¿Es Isis? ¡Órale, maestro! Hora de volver a volar. Buena onda. No quiero hacer nada más. Por eso me levanto y abriendo los brazos me clavo.

Algo cae allá abajo rompiéndose en muchos pedazos. Yo en cambio alzo el vuelo.



## LA INTRUSA

Alquilé un departamento aquí porque desde que sucedió aquello quise mudarme para darme el gusto de entrar y salir a mi antojo. Lo perdí pero al final soy yo quien cuenta la historia sencillamente porque los sobreviví. Para variar la última palabra corresponde a la que debe permanecer en silencio.

Vivo en este edificio sellado como tumba antigua dentro de la cual el aire helado se ha corrompido y es denso y fétido. Sólo yo sé qué pasó, porque quienes podrían recordarlo han muerto, se han ido o lo han olvidado. Al cabo de unos días el suceso que reclamó la atención de todo mundo deja paso a otros acontecimientos peores o por lo menos más recientes.

Algo permanece, sin embargo; alguien que como yo aspira a rendir la última versión de los hechos dándole forma definitiva a los rumores y a los recuerdos aislados y distorsionados pero aún a flote en la noche impenetrable. Me corresponde darle forma al pasado y en cierta forma embalsamarlo. Aunque sé demasiado bien que no será así, porque ella puso el punto final con el segundo disparo. Mi experiencia de cuanto ocurrió esa mañana pasa a segundo término. Para el resto de la eternidad soy la intrusa. A lo más que puedo aspirar es a figurar en el epílogo.

El estrépito fue terrible. Debo de haber brincado hasta el techo porque Belmonte saltó de mi regazo, salió dispa-

rado fuera de la habitación y no pude encontrarlo durante días. El hecho es que varias ollas cayeron al suelo. Nada tendría de extraño si no fuera porque estaban guardadas en la alacena y para caer tuvieron que haber volado primero. Cuando me tranquilicé un poco y pude incorporarme fui a la cocina pero me detuve en el umbral.

—¿Hay alguien allí?

Escuché claramente mi nombre, primero muy lejos y luego muy cerca. Después sentí una corriente de aire sobre el rostro y un desplazamiento instantáneo que cruzaba hacia el comedor. Cuando entré la cocina estaba vacía, pero en el suelo había varias ollas y una de ellas, de barro, estaba hecha pedazos.

—Un temblor —me dije para tranquilizarme.

El edificio no está mal, pero no es ni sombra de lo que fue. Entonces era elegante. La casa de al lado desapareció y en su lugar construyeron un edificio moderno muy alto que tapó la luz, sumiendo las escaleras en la oscuridad antes reservada para los pasillos. Aunque sigue siendo una buena dirección y muy céntrica, el edificio se ha venido abajo y los departamentos ya no son tan cómodos. A veces las cosas cambian de lugar.

Parece increíble, pero los porteros de antes todavía están aquí, aunque no me explico cómo. No eran muy jóvenes cuando aquello sucedió, así que deben ser tan viejos como las pirámides.

Un bulto se desprendió de la sombra y llegó bamboleante hasta alcanzar la puerta. Juana apareció en el quicio y abriéndola me invitó a pasar. Luego vi a Odilón vestido igual que esa mañana lejana, la gorra calada, el overol de mezclilla y el trapo rojo y desteñido amarrado al cuello. Me extendió las llaves. No me reconoció aunque fijara en mí sus ojillos de piedra. Yo sí he cambiado. Me he vuelto vieja.

El sábado por la mañana subía a mi departamento, a la izquierda a la mitad del pasillo en el primer piso, precisamente debajo del tragaluz. Acababa de llegar al descanso cuando escuché el estallido. Retumbó amplificándose en todo el edificio. Casi me desmayo. Debí sostenerme en el barandal. Así me encontraron los vecinos del 7. Vi otras puertas abrirse pero nadie apareció. Y entonces, cuando apenas nos reponíamos del susto, sonó el segundo disparo seguido del ruido horrible de algo que caía por las escaleras y un golpe final. Tuvieron que llevarme cargada a mi departamento porque me desmayé como esa mañana, hace ya cuarenta años.

Entonces era joven, tenía esa edad cuando la gente actúa sin pensar. Y él era muy guapo. Desde que pasó por la tienda me encantó. Compró el más caro: Chanel número 5. Iba muy bien vestido. Un hombre joven pero con experiencia y seguro de sí. Cuando le extendí el paquetito envuelto esmeradamente vi sus ojos verdes. Verde oscuro.

Me quedé hipnotizada. Debe haberse dado cuenta porque sonrió y entonces vi una hilera de dientes muy blancos y parejitos. Una boca fresca, hecha de frutas y agua. Yo también sonreí. ¿Quién se siente triste cuando el sol brilla? Deseé su regreso con la intensidad de una niña ante el altar. Ahora sé que debemos ser cuidadosos con los deseos pero esa tarde regresé a casa a pie para tener más tiempo y soñar con él sin las interrupciones de mamá.

Después de esperarlo al día siguiente y otros dos más, me hice a la idea de no verlo otra vez y acepté salir con Gerardo, quien me miraba con ojos de cordero degollado. ¡Pobre Gerardo! Muy formal. Estudiaba ingeniería. Un buen partido, según mamá. Un chico formal. Muy decente. Muy correcto. Todo lo que a mamá le gustaba y a mí me aburría hasta las lágrimas. Comparado con el de los ojos verdes, Gerardo era un plato de avena tibia.

No sé cómo pude resistir sus invitaciones. La segunda vez le extendí el paquetito y me lo regresó. Es la botellita de número 5 que conservo hasta la fecha.

—Permítame. Es para usted.

Y sin esperar respuesta se dio la vuelta y caminando a la salida sin volverse hizo una seña de despedida con la mano derecha.

—¿Me aceptaría una invitación a cenar? —me preguntó la tercera vez.

—Mejor a comer —le dije, segura de que cenar iba a ser imposible si mamá no lo conocía y entrevistaba.

No miento: no supe qué pasó. Primero la impresión de ver ese coche enorme fragante a lavanda, piel y tabaco. Un coche muy lujoso con un cofre larguísimo que todos se detenían para admirar. Me sentí como estrella de cine. Como princesa. Me llevó al Prendes. Ni siquiera pude comer de lo nerviosa que estaba. Piqué el coctel de camarones. El filete apenas lo probé. Luego insistió en dar la vuelta. ¡Podíamos ir a donde quisiéramos!

La tarde dio paso a una sensación en la que se mezcló la excitación con el miedo. Le divertió jugar conmigo hasta desquiciarme. Así empezó todo. Y así siguió. No estaba casado así que tanto derecho tenía yo como la otra. Además, él me lo había prometido. ¡Qué tonta era, qué ingenua! De haber sabido lo que ahora sé no me habría enredado con Fito. Porque, como a la mayoría de los hombres, lo único que le interesaba era divertirse. Una más para halagar su vanidad de don Juan con alma de contador.

Cuando ya ha pasado todo es muy fácil ver claro. Los deberías. Pero los deberías no fueron, como dice Cuca sensatamente. Si no, mírenme vagando por estos pasillos húmedos que cuesta atravesar. Estoy aquí porque el pasado me obligó a pasear frente al Edificio La Princesa durante años con la esperanza de ver un anuncio de renta. Fue el

pasado el que me hizo cruzar la puerta de la calle, ver el departamento y firmar un contrato.

Como los disparos que escuché el sábado por la mañana. Los mismos disparos. Pero ahora, en lugar de estar en la calle, estoy dentro, casi desde donde ella dispara. Cuando vuelvo en mí hay dos niños y una mujer mayor, debe de ser su abuela.

—Tranquilícese —dice la mujer con fuerte acento español— ya pasó.

—Fue en el descanso antes del segundo piso —dice el niño volteando hacia la niña, quien me observa fijamente como si me conociera.

No sé por qué se lo digo.

—Él me prometió que se casaría conmigo. Ese sábado íbamos a ir al registro civil.

—Ya no hay nadie —dijo la mujer.

Aunque todavía escucho el eco de los disparos me alegra saber que aparte del desmayo nada ocurrió. Debe de ser la presión tan alta.

Estoy por subirme al coche enorme cuya puerta Fito sostiene abierta. Se inclina para darme un beso cuando de pronto oigo el estallido e inmediatamente después siento un zumbido muy cerca. Fito no alcanza a besarme porque cae al suelo, el rostro contraído en una mueca de dolor.

¿Soy yo quien grita así? Desde entonces se mezclan en mi cabeza los dos ruidos en uno interno que surge del centro y crece hasta dominarlo todo. Por eso el médico me dio las píldoras para la presión. Pero yo sé que es otra cosa. La primera señal. La detonación. La segunda. El alarido.

Pero todo eso sucedió hace tanto que parece haberle pasado a otra. Ahora todo es distinto. La juventud ha cambiado mucho. Hay más libertad. Ya no es como antes. En esa época la única forma de irse de casa de los padres era salir “de blanco”. Así se había ido mi hermana mayor y así

debía irme yo. Le creí. Me hice la ilusión de regresar a casa con un anillo en el dedo anular y mamá perdonándonos. Hasta vi a mis hijos jugando a su alrededor.

He cambiado mucho desde entonces. ¿Quién iba a revelarme el futuro? Ya no soy esa joven impetuosa que necesitaba casarse nomás para irse de casa de su mamá. Tampoco me preocupa no tener plan para el viernes por la noche o el fin de semana. La eternidad está hecha de los momentos que olvidé vivir.

Desde hace mucho nada perturba mi equilibrio. Después de aquello loqueé mucho. No podía quedarme sola ni un momento. Me faltaba el aire. Fiestas y bailes y cabarets y cuanto hay. ¡Pobre mamá! Pero desde el accidente cambié. Un señor ya maduro, muy informado, el Dr. Givaudan, dijo que la tranquilidad era posible. Y me dijo una palabra griega muy elegante para eso: ataraxia. Significa serenidad. Evito cualquier cosa que rompa esta callada resignación. Ataraxia. Estoy bien, no me hace falta nada. No entretengo deseos pero tampoco culpas.

Aparte de Cuca, no tengo amistades. Nos vemos casi siempre los sábados. Viene a comer conmigo y luego nos vamos de compras y al cine. El domingo voy a misa, limpio la casa, lavo y plancho la ropa que voy a usar en la semana. Me gusta tener todo listo. Antes a veces comía en casa de mi hermana los domingos, pero ella murió hace años y es rara la ocasión cuando mi sobrino se acuerda de mí. No lo culpo. Está muy ocupado y tiene su mundo aparte. Todo en su lugar y un lugar para todo. Por eso me molesta encontrar mis cosas revueltas.

Ha sucedido varias veces. Al llegar de la oficina la botellita de número 5 que conservo en mi tocador, aunque el perfume se haya evaporado hace muchos años, aparece en la mesa del comedor. O la cama desecha como si no la hubiera dejado tendida antes de salir. O la lámpara en la sala movida más

hacia la puerta que conduce al comedor en lugar de permanecer al lado del sillón donde veo la tele. Por cierto, necesito llamar al electricista porque se prendió sola la otra noche.

¿Serán los niños que estaban a mi lado esperando que volviera en mí quienes mueven mis cosas de lugar? ¡Las cosas que se me ocurren, por Dios!

Antier estaba sentada mirando la tele cuando escuché a alguien toser en la cocina. Me levanté y fui allá lo más rápido que pude, lo cual no es decir mucho, porque después del accidente quedé coja. Alguien estaba allí. Debería mudarme aunque a mi edad todo es más difícil. ¡Y con lo que han subido las rentas, mejor me quedo aquí!

Esto pensaba recargada contra la pared en el comedor, pendiente de los ruidos en la cocina, cuando apareció. Parecía que le costaba trabajo andar, como si viniera de muy lejos. Pero de repente estuvo ante mí.

—¡Qué viejo estás! —le dije.

Él no respondió sino que extendió su mano como los ciegos. Había algo repugnante en su proximidad helada y húmeda que me hizo pensar en los centenares de pescados que aparecen en mis sueños flotando muertos, su carne agusanada deshaciéndose translúcida como sus escamas en el agua. No esquivé sin embargo su contacto. Podía verlo pero él había perdido los ojos.

—Por caridad...

Apenas se escuchaba su voz.

—Hace mucho frío y no tengo nada con qué cubrirme...

No pude ayudarlo porque he olvidado rezar. Pero recorde nuestros abrazos y caminamos juntos por el edificio cuyas paredes se han desmoronado dejándonos ver a las personas sin que ellas se den cuenta. Podemos jugarles alguna broma. Ahora sé la razón por qué la botellita de perfume a veces aparece sobre la mesa del comedor. O por qué las ollas chocan en la cocina.

La cabeza me da vueltas. Es la maldita presión. Mientras nos veo en la esquina esperando la detonación, sé que de haber vivido lo nuestro no hubiera durado ni con mucho estos 40 años en los que Fito ha existido en mi memoria. Los muertos gozan de mejor salud que los vivos.

Empiezo a entender que todo deberá suceder de acuerdo con una historia escrita antes de intervenir en ella. El futuro no es una tierra desconocida. En cierta forma es más familiar que el pasado. Por eso he venido hasta aquí. Para añadir mi voz a esta historia incompleta sin mi epílogo. Los balazos estremecen el edificio y retumban en los pasillos. Son las señales de la renovación de nuestro encuentro.

Se abre el abismo. Todo es inexplicable. Las palabras sólo sirven para consumir el crimen.



## AMANE CER

Esta tarde mientras guardaba mis papeles y dejaba mi escritorio en orden descubrí que en realidad soy feliz. Y eso es raro, ¿no? Digo, percibir que uno en efecto es feliz sin dejar de serlo. Pero saberse afortunado es una manera de arriesgar la buena suerte.

Ahora lo sé porque me doy cuenta de que entonces yo tenía una vida doble. De día sobrellevaba el aburrimiento que a veces confundía con tristeza aunque no supiera qué la motivaba, pero de noche recuperaba la alegría pensando que cualquier cosa era posible. El día impone obligaciones y hago mi trabajo igual que todos. Voy a la oficina, me ocupo de los asuntos y los despacho con eficiencia. No me gusta dejar para mañana lo que puedo hacer hoy.

Pero gozo la tarde porque es el reino de la fantasía. Cuando pardea me siento dichoso porque entonces las cosas pueden ser distintas de lo que son bajo la luz opresiva del día. Espero la noche como los niños impacientes a que la mamá se acabe de arreglar para sacarlos al cine. La noche es la caja de Pandora. Está llena de sorpresas. Se llaman Alejandro, Toño o Jorge. De noche las calles tienen la fragancia del misterio. Cerca de la casa la “dama de noche” esparce su perfume embriagando a los que pasan, como yo, de regreso y más a quienes esperan bajo la sombra creciente de los árboles.

Esa tarde se me ocurrió que los picaflores debían vivir pedos y me dieron unas ganas inmensas de tener en la

mano una cuba libre bien sudadita. Me gustaría ser picaflor y alimentarme de esencias enervantes y vivir como el chavito que a veces veo en el edificio más alumbrado que Diógenes. Cómo me gustaría conocerlo pero con los drogadictos es imposible. Lo único que quieren es ponerse hasta atrás.

“Libar la miel del amor” —digo, mientras me apresuro a guardar papeles. Me hace gracia repetir esas frases cursis y lujuriosas como si fuera otro. ¿Y las llaves? ¿Dónde las puse? Es raro porque honestamente puedo definirme como un hombre ordenado.

Ocupo uno de los apartamentos más pequeños del primer piso pero lo que le falta de espacio le sobra en discreción porque está al fondo del pasillo, cerca de la escalera de servicio. Uno puede evitar encontrarse con los porteros, son de película, un par de monstruos, saliendo por el garaje. No exagero. Él tiene cara de manazo, como Rocky después del vigésimo quinto round. Y ella balancea su gordura maciza oscilando a los lados cada vez más peligrosamente. Me miran con unos ojillos encogidos por el rencor. Nunca dicen nada. Ni siquiera contestan cuando los saludo. Gruñen por lo bajo como perros nerviosos que guardan la mordida.

Ya casi por llegar pienso que mi apartamento es un poco sombrío. Pero eso sólo se nota de día, cuando yo estoy en la oficina. Además es muy tranquilo. Aunque a veces escucho carreras en el pasillo y la risa de unos niños que deberían estar acostados. Los he visto. Surgen del fondo muy velozmente, se detienen y antes de que pueda fijarme sus caritas en la memoria, desaparecen. Sus padres deben estar de viaje y ya se sabe que ausente el gato, los ratones se divierten. Son lindos. Creo que la nena es muy bonita y el niño, menor que ella, muy guapito. Tienen la belleza de la inocencia.

Pero no debí haber salido. Apenas anochece, un ruido horroroso destrozó el silencio. Mal agüero. Aguardé unos

instantes pero sólo escuché algunas puertas que se abrían y luego cerraban. Serían los curiosos que se asomaban porque el estruendo había sonado dentro del edificio. Todavía era posible oírlo reverberando. Nada. Me puse un poco de agua de colonia y cuando estaba por cambiarme sonó otro estallido más fuerte que invadió el edificio como si fuera caja de resonancia. Se me cayó la cuba de las manos y fue a parar sobre la camisa que había elegido para partir plaza esa noche. Casi me orino del susto.

No debí haber buscado otra prenda ni haberme servido otra cuba, pero el corazón se me escapaba. El eco recorrió los pasillos multiplicándose arriba y abajo. Cuando volvió el silencio era tan denso que podía escucharlo. Un silencio como el frío, hecho de una pieza.

¿Será esto lo que oyen los sordos? Una huella del mundo que se ha sumergido. ¿Me habría quedado sordo? Porque el segundo estallido había sido tan violento que sacudió el espejo de la cómoda.

Pero salí diciéndome que debía espantarme el susto. Y como cuando puse el pie en el pasillo aparecieron, pensé que era signo de buena suerte. Verlos me tranquilizó.

—¿Está bien? —preguntó la nena.

Me esforcé por hablar pero me faltaba el aire.

—Fue allí arriba —dijo el niño señalando hacia el descanso del segundo piso.

Lo escuché y aunque no supiera a qué se refería me pareció muy normal. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle qué había pasado.

—En el descanso de la escalera desde donde puede verse la glorieta.

“¿La glorieta?”, pensé.

—La que está enfrente de la ventana —dijo el niño, señalando a su derecha.

—¿Lo llevamos?

Y dejé que me ayudaran porque temblaba tanto que no podía atinarle a la cerradura. La nena me ayudó a cerrar.

—Gracias.

—Me llamo Alberto. Alberto Rosado.

—Yo soy Federica. Y él es Raúl.

No sé qué hubiera hecho sin ellos. Todavía tiemblo.

En la calle recuperé el aliento y me serené pero sentía algo extraño como si fuera a bordo de mi cuerpo, y más concretamente como si guiara mi cuerpo desde la caseta de mi cabeza, como si se tratara de una grúa. Sentía una ansiedad que aceleraba mis pasos hasta que me di cuenta de que había llegado a la esquina en muy poco tiempo, a la carrera. Pero nadie parecía reparar en mí. Era como si no existiera.

—Soy yo —murmuré en la puerta de Sanborns, esforzándome por controlar mi deseo de correr hacia el bar.

La mano me temblaba como si tuviera una cruda acumulada de años. Por eso pedí otra cuba que me supo mejor que la primera y me tranquilizó. Suspiré pensando en lo que acababa de suceder. Salvo los niños nadie parecía haber notado nada. Sobre todo me pareció extraño que los porteros no hubieran aparecido inmediatamente.

La sensación de ocupar mi cuerpo seguía perturbándome. “Soy yo”, repetí como quien reza.

—Yo —dije mientras pedía la tercera.

“No diseñas ropa, aunque con cualquier trapo haces maravillas. Tampoco decoras interiores pero mira tu casa, esplendorosa gracias a ese *secrétaire* que te regaló la Güerra Tamariz antes de que se la llevaran al asilo y al juego de sala que rescataste del desván de Leonor Cueto.”

Pero el miedo se me había metido en el alma.

“¡Mira esta lámpara Berenice, qué belleza! ¿Y aquel florero, Mimí? Todo de la misma época que la coqueta, frente a cuya luna biselada te transformas en mariposa. Tampoco vives de repostera aunque si te entra el monchis eres

capaz de armar un festín, o eso es lo que opinan Chuchette y Pelancha.”

¿A quién le contaba estas historias mientras bebía la cuba como si fuese una limonada?

“¡Cuánto han cambiado las cosas en el rancho grande! Hace apenas diez años todavía oficiábamos en las catacumbas y hoy, en cambio, a unas cuadras de aquí hay un circuito en el que es posible satisfacer las fantasías más descabelladas. Hay unos que lo tienen todo y lo enseñan, chichis y pitos espolvoreados de diamantina. Los coches dan vueltas y vueltas hasta que la madrugada clarea y es hora de irse a dormir.”

Es mi voz, yo quien piensa estas palabras. La sensación de ocupar un cuerpo se acrecentó. Tuve que ir al baño para contemplarme en el espejo y confirmar que mi apariencia no había cambiado. Era yo. O eso me parecía.

Cuando volví al bar el mesero se acercó solícito.

—¿Lo mismo?

Y yo que no sé negarme la acepté aunque cada vez me sentía más nervioso.

—Vamos a una disco nueva que está de pelos.

En la mesa de al lado dos jóvenes hacían planes.

—Es entre semana pero la vida es para los vivos.

Me pareció muy lógico, pero en mala hora se me ocurrió unirlos. Llegamos a un sitio cerca del Palacio Legislativo que me pareció enorme y lleno a rebosar. Había más gente que en el estadio en el Mundial. El espacio se abría en una vasta sala de techo muy alto a la que se descendía por una escalinata que se reproducía al otro lado para subir a unas plataformas donde algunos bailaban. Las luces cambiaban con la música. No estaba mal pero jamás hubiera escogido ese lugar.

Allí seguí bebiendo solo porque los fulanos con los que llegué habían desaparecido. Todo me dio la sensación de encontrarme en el centro de una espiral.

Deambulo por la discoteca esforzándome por contener las historias dispuestas para quien las quiera oír, pero de pronto, en medio de la algarabía, vuelve a sonar el estallido en el centro de mi cabeza y me tambaleo.

“En realidad soy *prima ballerina* en París. Tengo varios duques y alguno que otro príncipe a los que desplumo. Soy su ruina. Gigí, mujer fatal, me dice Pierre antes de saltarse la tapa de los sesos al amanecer.”

Escucho mis carcajadas estridentes. Ríe como hiena ante una montaña de carroña.

—Está peda.

—¡Soy yo! ¡Soy yo!

“Agradece las ovaciones gentil pero indiferentemente. ¡Mira! Tus brazos brillan alabastrinos bajo los reflectores. Inclina tu cuello de cisne ante la lluvia de rosas encendidas que son sus corazones en llamas.”

—Déjala. Está loca pero de la cabeza.

—Ésta que ven soy yo. ¡Salud!

Tiemblo encerrado en mi cabeza. Me asomo con terror a las ventanas de mis ojos incapaz de hacer nada.

—La otra noche me saqué a uno regio. De tipo muy español, barba cerrada, cabello negro rizado, muy cachondo. Y unas nalgas esponjadas, pero esponjadas.

La gente se mueve incesantemente. Quiero pedir ayuda pero todos me esquivan hasta que me recargo contra una pared. Sé que no puedo más y ya ni siquiera me repito ser quien soy.

—Muñecas —les digo—, la cosa va en serio. Está cabrona.

Sólo quiero seguir bebiendo. Lo último que recuerdo es al cantinero lívido detrás de la barra, la sonrisa medio torcida en el rostro cerúleo, acaso el arremolinamiento de las luces que giran mezclando sus colores en una sopa viscosa.

A partir de ese momento se me borró el disquette. Nada. No lo sé. No sé tampoco por qué hago estas cosas.

Seguro fue la cuba que me sirvió El Diablo diciéndome que era a cuenta de la casa. De allí en adelante, hasta ahora, no me acuerdo de lo que pasó.

Y quisiera olvidar cuanto sucedió después.

Recuperé la conciencia al lado de alguien. Pero no me quise mover ni un ápice porque todo me dolía y pensé que si me quedaba quieto otro rato me repondría para levantarme e irme.

Tengo los pantalones al revés y el saco al derecho. Sé que no llevo camisa ni zapatos porque tengo frío. Creo que tampoco calzones. No sé cómo entré porque llevo los bolsillos vacíos. Pero recuerdo el poste en una calle extraña del que me abrazo para no caer. La cabeza me da vueltas y no voy a ser capaz de aguantar las ganas de vomitar. Mi cuerpo ya no es mío. Siento como si me hubieran cortado los hilos que me sostenían.

Es inútil. No me puedo mover. Siento que me muero. Juro no volver a beber. Ahora sí va en serio. ¿Y quién es el bulto a mi lado? ¡Hace un frío siberiano!

Escucho al perro del vecino aullando. Lo único que nos faltaba. ¡Maldito animal! Debí haberlo envenenado echándole desde la azotea un filete bien sazonado con estricnina.

Si vomito y tomo unos alka-seltzer podré ir a trabajar. Llueve o haga sol o tiemble nunca he faltado.

La cama gira en la oscuridad. El cuarto la sigue. Y la casa entera da vueltas y luego salta y se estremece. No es nada más la peda. Este meneo no puede ser sólo mío. La casa entera navega en alta mar en medio de la tormenta. La escalera de servicio araña las paredes y los hierros enmohecidos chirrían zafándose en latigazos metálicos y luego se desploma. Sigue el traqueteo. Crujidos entre las paredes y dentro, más adentro, un rumor sordo que parece venir de la tierra.

—Oye —le doy un codazo —¿verdad que todo se mueve?

Pero no responde. Por más que lo muevo no quiere despertarse el cabrón.

—Pareces muerto —le digo con la lengua de trapo.

Me incorporo pero una sacudida me arroja sobre él.

Esto no es una broma.

Lo tiento. Está frío y tiene la piel babosa. La ropa se me queda pegada en trozos en las manos, desintegrándose. Ya clarea. Entonces le veo los ojos transparentes a medio derretir.

—Por amor de Dios —susurra con una voz que viene de muy lejos.

El edificio sigue moviéndose y pienso que si esto sigue un momento más la casa se nos caerá encima.

—Por caridad...

—¡Sagrado Corazón de Jesús! ¡Sagrado Corazón de Jesús!

La puerta de la habitación se abre y se cierra, cae la lámpara del buró estrellándose y la otra se mece violentamente chocando sus aristas de cristal contra el techo. Los cajones también se abren como si el mueble me mostrara la lengua. Entre el estrépito distingo los gritos de mis vecinos que luchan por salir a la calle, pero el movimiento es tan fuerte que es imposible mantenerse en pie.

No es ruido sino fragor el de la casa desintegrándose entre las convulsiones y los bramidos de la tierra. Una pared ya cede desmoronándose.

Yo fui de los que no alcanzó a salir. Desde el pasillo que une al garaje con el portón de la cochera puede verse el interior de mi departamento, como si fuese una radiografía. El *secretaire* está intacto. Lo mismo las sillas que lo flanquean. Y el cuadro que representa a Narciso inclinado sobre el estanque cuelga todavía de la pared, si acaso un poquitín de lado. Donde estaba mi recámara hay un montón de tabiques y piedras desmoronados sobre nosotros.



Lo que me preocupa es no llegar a la oficina y con todo esto encima no puedo ni levantarme para llamar al jefe de recursos humanos.

El bulto sigue a mi lado. Me acompaña bajo los escombros. Nos estrechamos las manos. Ya no es otro más. Ya no habito mi cuerpo como si no me perteneciera aunque tenga la lengua cosida al paladar y los ojos se hayan detenido fijos en sus cuencos de hueso.

Amontonados en el suelo los hierros enmohecidos de la escalera de servicio se han transformado en una inmensa araña grotesca que saluda el amanecer.



## EL REGRESO

Me gusta viajar, pero la tensión que precede al vuelo me agota de tal forma que cuando ocupo mi asiento me hundo en un sueño profundo. Esta vez, en cambio, una molesta sensación de hormigueo me impidió encontrar una postura cómoda. Mi asiento era el de en medio y el del pasillo lo ocupaba una mole inmensa más potente que una central termonuclear. Cabeceé varias veces, pero el dolor de cuello y el calor insoportable me despertaron cada vez de peor humor. Me pareció que mi vecino era el culpable de cuanto me ocurría.

Ya en el hotel, pensé que me sería fácil conciliar el sueño pero después de ducharme y leer un rato sin registrar palabra encendí la televisión. Las imágenes desfilaron inconexas. Incapaz de olvidar, decidí tomar una pastilla.

Al día siguiente acudí a la agencia de bienes raíces. Las casas que me mostraron porque son las que corresponden al puesto que me trae de regreso son repugnantes.

—No quiero vivir detrás de una barda.

—Es para mayor seguridad —dice la mujer de la agencia.

—Odio la palabra “seguridad”. En todos lados padecemos las disposiciones que algunos cretinos toman en nombre de nuestra protección.

La mujer me mira ofendida.

—Lleva usted mucho tiempo fuera. ¿Vio el noticiero de ayer? ¡Doce decapitados!

—Eso es lo único que se sabe en Europa. Pero no quiero vivir preso a cambio de la ilusión de estar a salvo.

Le agradezco su interés y me despido. Camino a la deriva, fascinado de vagar como turista en una ciudad que debería serme familiar.

Todo ha cambiado. Soy yo quien se ha quedado varado en algún recodo del camino. En lugar de las veredas de tierra en el parque hay adoquines que apenas colocados ya empiezan a destartarse (una concesión otorgada a algún pariente del funcionario en turno). Pero la palmera sigue allí. Y los dátiles que comíamos Bobby y yo.

Sin saberlo, he llegado ante la fachada del edificio donde viví de pequeño. Los recuerdos se agolpan. Me acerco. Y lo único que deseo es regresar a un sitio anterior a todo.

Papá.

Mamá.

Bobby.

—Pase —ordena el hombre mal encarado que me abre la puerta—. ¿Viene por lo del departamento?

Disimulo mi sorpresa revisando el *hall*, que es casi como lo recordaba. Las puertas de cada departamento detrás de arcos que subrayan la rica textura de su madera oscura. Subimos las escaleras hasta el tercer piso y recuerdo que de pequeño las ventanas inundaban de luz las escaleras. Cuando el hombre abre la puerta siento escalofríos.

Esa tarde firmo contrato porque tengo dinero y fiadores y en un edificio que dejó de ser elegante hace mucho agradecen tener un inquilino como yo.

—Pero no crea, el barrio se está poniendo de moda. Muy cerca abundan los restaurantes y hasta hay galerías de arte. Gente joven. ¿Le gusta el pato?

Pisos de parquet, puertas francesas en el salón donde hay chimenea, comedor al otro lado del pasillo, una cocina atroz en la que no imagino cómo Clotilde preparaba la

comida, dos recámaras amplias y sólo un baño con tina empotrada. ¿Nos lavábamos menos entonces? Me detengo frente al espejo del botiquín y escucho de nuevo las palomas que se cortejan monótonamente en la azotea.

La misma disposición se reproduce en el resto de los departamentos de este tamaño. Debajo de estas recámaras hay otras, y así sucede con el comedor y la cocina y el salón y el baño y la terraza, los armarios y los pasillos, cada espacio reflejado en otro exactamente igual. Pienso en los sándwiches apilados en las máquinas automáticas, uno encima del otro, envuelto exactamente como el que está debajo y el que está encima. El amor, el sueño, la digestión, las reuniones y los desacuerdos deben ser exactamente iguales, todo sucediendo en oleadas que se reproducen de piso en piso, de generación en generación.

Los departamentos de clase media definen el destino de sus habitantes. Cosa de cruzar su umbral y de conformarse con una vida predecible, verticalmente definida. Se trata de un misterio inescrutable: esto que me fue dado independientemente de mi voluntad, este hogar, estos padres, este idioma. Y más insondable aún: que algo se haya sostenido a pesar de las transformaciones.

—¿Tiene coche?

Su pregunta me recuerda un automóvil en la zona más oscura del garaje cubierto con lona. Mis amigos y yo sólo lo descubrimos parcialmente porque según Federica alguien estaba allí dentro. Aparecieron enormes ruedas ponchadas con cara blanca y rines de rayos. Cada faro más grande que una televisión. Sobre el radiador de cromo, la insignia.

—En el garaje hay un viejo automóvil muy interesante. El hombre me mira sorprendido.

—Un Duesenberg.

Luego mira discretamente su reloj y me extiende el contrato y las llaves.

—Aquí tiene. Número 14. Si el edificio hubiera sido construido treinta años después sería el 304.

De regreso al hotel veo desde la otra ribera del tiempo al niño que fui jugando con Raúl y Federica, los amigos con quienes escapaba para explorar el mundo exterior, tan distinto del orden que imponía el departamento de nuestros padres. Afuera nos esperaban aventuras de todo tipo, exploraciones que nos conducían a geografías remotas o mundos que existían muy lejos del nuestro, en otra dimensión. A ellos debo mi gusto por viajar.

Cuando me ofrecieron el empleo pensé que era una broma. Llevaba un par de décadas fuera del país y mis amigos no carecían de sentido del humor, incluso a su pesar. Quien me invitó a comer para sondearme años antes había naufragado conmigo porque Bobby olvidó cerrar una salida de agua del velero. Me pareció que la nave perdía velocidad y se llenaba de agua pero como no tenía ningún conocimiento náutico preferí guardar silencio. Si confiaba en alguien desde que teníamos 12 años, era en Roberto.

Íbamos a medio lago.

Entonces el velero empezó a hundirse pero nos dio tiempo justo para lanzarnos con cierto estilo al agua gélida. Ninguno traía chaleco salvavidas y sí varios litros de whisky entre pecho y espalda. Antes de que el velero desapareciera tragado por las negras aguas del lago oí a Bobby renegar.

—¡Ah, qué la chingada!

Juntos habíamos cruzado innumerables albercas cuando competíamos y no pocas caletas en el Mediterráneo italiano. Braceé hacia el embarcadero seguro de que me seguía y de que alguien pronto nos rescataría.

No ocurrió así. Fue extenuante y cuando por fin llegué tuve que chapotear entre el barro y caer varias veces antes de que llegara un guardia para maltratarme. Bobby nunca regresó.

—¿Y entonces qué haces, cabrón?

Le expliqué que escribía y que cuando se trataba de crónicas de viaje encargadas por revistas especializadas ganaba buena plata, que entretenía proyectos de documentales y últimamente uno se había transformado en ficción para cine.

—¡O sea que eres un golfo, cabrón!

Lo dijo con envidia.

El ofrecimiento de trabajo se mantuvo y sin nada que me retuviera en el país en donde había pasado veinte años firmé el contrato.

De regreso en Kent, invito a Abigail a cenar para despedirme.

—¿Qué ha cambiado para que aceptes irte cuando antes has rechazado otras oportunidades?

Ann duerme a mi lado, completamente ajena a mi mirada. De pronto el ritmo de su respiración cambia. Un suspiro profundo provoca reverberaciones en las sábanas, que se expanden en ondas como si una piedra hubiese caído en el estanque del lecho. Sé de una manera imposible de explicar que esa noche me despedí de Ann. La beso levemente, tanto que no lo percibe. Le digo algo, apenas un susurro que se extravía en el laberinto de su oído.

Tengo que aclararme la garganta.

—Ann me abandonó.

Abigail me mira intensamente.

—Cuanto lo lamento —dice poniendo momentáneamente su mano derecha sobre la mía izquierda.

No es que hubiera pensado que podría refugiarme en la amistad de Bobby pero sí contaba con su solidaridad. Los hombres no deseamos hablar de lo que sucede en la intimidad. Es aburrido. Las mejores confesiones ocurren durante los viajes, en las caminatas, siempre en medio de alguna actividad. Nunca frente a una mesa, así que pedí la cuenta y nos despedimos en silencio.

Desde los doce años Bobby y yo habíamos subido montes, cruzado lagunas, había mantenido guardia en la puerta del salón de casa de sus padres mientras él se regocijaba con Sara, juntos asistimos a fiestas y después nos visitamos cuando él fue presidente del Consejo Internacional para la Salud y yo un humilde asistente en Yale. Curiosamente su presencia me anclaba en mí mismo. A pesar de las mudanzas y de la distancia, nuestra amistad había permanecido idéntica y cuando las fluctuaciones eran demasiado abruptas y amenazaban arrasar cualquier referencia una secreta comunión me tranquilizaba devolviéndome a eso que me aseguraba ser quien era.

Ahora mi vida era un desastre.

Ann me había abandonado.

Y mi mejor amigo había muerto sin que yo hiciera nada por salvarlo.

En julio los libros estuvieron en cajas numeradas —decidí regalar o vender los muebles—, la casa vacía y yo esforzándome por respirar. Ya lo dijo Séneca en Malibú: el alma viaja en burro y la mía aún se encuentra en Ravello al lado de Ann.

Antes de regresar viajé a Turquía con el propósito de escribir un artículo. Me quedé varios días en el Yesil Ev en Topkapi. Hubiera preferido instalarme allí indefinidamente y después ir al puente que une Estambul con Pera, donde los pescadores se reúnen temprano, y siguiendo el ejemplo de Leandro arrojarme al mar de Marmara. En cambio, volví a traicionarme y viajé a París.

Renuncié a la vida que había logrado construir con muchos esfuerzos, pero esta vez sin desearlo. Desde el taxi que me llevaba al aeropuerto vi la fachada de mi casa que resplandecía bajo el sol. Surgía entre una franja de lavanda y las rosas florecían ofreciéndose a la vista a la altura de las ventanas en el primer piso.



Antes de presentarme en el trabajo, empleé algunos días para ir al médico a renovar mi reserva de ansiolíticos e inductores del sueño, y ya artificialmente tranquilo, fui a comprar muebles. Me empeñé en que todos correspondieran a los años cincuenta. Incluso las paredes debían tener esos tonos cremosos que vuelven inciertos el verde, el gris y el marrón. Pronto el número 14 recuperó exactamente el aspecto que tenía cuando yo era niño.

Uno cambia a través de los años desde la cabeza a las plantas de los pies, desde la superficie de la piel hasta las entretelas del corazón. Cada diez años el cuerpo se deshace de una capa reemplazándola por otra y aunque es probable que el centro esté vacío, en él depositamos nuestras esperanzas de que algo esencial o sagrado, inamovible, haya sobrevivido los triunfos y los fracasos, todos ellos ficticios. Regreso a este sitio con el deseo de ponerme en contacto con ese anfitrión que sobrevive a pesar de los cambios, de la sucesión de todos esos hombres a quienes ha brindado hospitalidad y cuyo conjunto es lo que llamo "yo".

La consola en el pasillo de entrada es perturbadoramente parecida a la de mi infancia. Sobre ella puse una lámpara de cuya base negra surgen espirales blancas que rematan en una pantalla alargada. A su lado, el mismo espejo sobre el que precisamente en el instante en el que enciendo la lámpara se refleja mamá. ¿Es sangre lo que escurre de sus muñecas?

Paso la tarde en un multicinema. Veo tres películas sin darme cuenta de lo que tratan. Cuando salgo llueve a cántaros y hace frío, así que me apresuro bajo la lluvia. Llego al Edificio La Princesa escurriendo. En el descanso del segundo piso me detengo a recoger las llaves que se me resbalaron de la mano y cuando me incorporo distingo en el siguiente descanso a una mujer sentada en el quicio del ventanal desde donde, cuando era pequeño, podía verse la glorieta y en su centro la enorme palmera.

Mientras asciendo imagino que debe esperar a alguien. Es una mujer rubia. Lleva el cabello recogido hasta la mitad de la cabeza y luego suelto en rizos cortos hasta la nuca. Está impecablemente vestida.

—Buenas noches.

No contesta, pero volteo hacia mí e inclina el rostro.

Al girar hacia la puerta de mi departamento volteo discretamente hacia abajo pero ha desaparecido.

Mi padre se sienta en uno de los sofás del salón y a su alrededor se esparce el caos de los periódicos dominicales. La banca ante la chimenea reproduce la que existiera en el mismo sitio cuando jugaba a estar de campamento con Raúl y Federica y cualquier cosa podía pasar a esa hora en la cual ya no es de día pero tampoco de noche, el momento en el que los objetos y los seres revelan la multiplicidad que los constituye.

El tiempo se ha detenido y yo estoy en su centro.

Cruzo la ciudad para reunirme con el rector, después con los directores de las facultades y luego presido una junta con quienes integran el departamento. Es mi primer día de trabajo. Después de las formalidades me cae encima el aluvión de asuntos, en su mayoría de carácter administrativo, que recibo con auténtico entusiasmo. El trabajo es terapéutico. Ann se desvanece entre la maraña de asuntos, pero Bobby cruza fugazmente la ventana abierta a un jardín.

La noche llega y después de cenar cualquier cosa caigo exhausto en la cama. Leo un rato y después de tomar una pastilla me sumo en esa inconciencia intraspasable que desde que Ann se marchó llamo sueño.

Chapoteo para asirme de los bordes de la tina pero no logro sino resbalar sobre la superficie. Entonces distingo a una mujer que entra al baño. Me da miedo porque si quisiera podría tragarme. Me sacudo en la cama, asustado por-

que me desplomo en el abismo. Su rostro se acerca más al mío y la punta de su nariz desciende apenas tocándome el pecho y después el estómago y luego siento algo más húmedo que el agua y más suave que un bostezo. Me hundo. El agua oscura me rodea. Caigo. El agua violenta me devora, arrastrándome al vértice del remolino.

Me acostumbro a la vida académica sedentaria, en la que los colegas se enfrasan en celos y envidias porque nada más estimulante ocurre en sus vidas. Reconozco inmediatamente a quienes optaron por esta carrera porque eran incapaces de hacer otra cosa. Me avergüenzan quienes detestan la condena de estar frente a estudiantes que los miran aburridos o con ironía mal disimulada. Quienes sueñan con hacer algo más digno de su talento me dan tristeza. Los envidiosos y los trepadores, asco. Los claustros son avisperos que deben manejarse con mano de general y cortesía de monja.

Como nada tengo fuera de mis deberes, llego temprano y salgo tarde. Por eso hay quien, apoyándose en Max Weber, afirma que soy extranjero y protestante. Me gustaría que no fuera la desdicha la que asegura mi afición al trabajo. Estaciono el coche al lado del Duesenberg cubierto por la lona que por un momento se me antoja descorrer totalmente. Desisto. Mis pasos resuenan en el garaje oscuro. Sé que suena delirante, pero yo aboliría los fines de semana.

“No, cabrón, y el sueño también.”

Enciendo la luz y en el espejo cóncavo que distorsiona el vestíbulo se refleja un instante mi madre. Es viernes.

Me sirvo un Paddy y me siento en el salón a escuchar Rapsodia en azul y a recordar otros ámbitos.

—¡Salud! —y alzo el vaso para brindar por la eternidad.

Mientras bebo el whisky reconstruyo cada detalle que antes del abandono no había registrado. Recuerdo la tensión en Córcega, las miradas que huyen hacia un punto lejano e

invisible, los pequeños rechazos que anuncian lo que poco después articularía mientras empacaba.

Salgo del departamento y me parece que al verme mis dos amigos de la infancia desaparecen por la puerta del fondo. Me detengo a escuchar. Las escaleras de servicio crujen. Quiero correr tras ellos pero parece que el pasillo se hubiese alargado. Al fondo distingo a un joven muy pálido que apenas entra, vuelve sobre sí y sale.

Insistí en ver a un consejero.

“Vale madres, cabrón. Vale madres.”

Abro la puerta y respiro el aire nocturno. Una luna riela sobre las escaleras oxidadas. Regreso y al llegar a la escalera la veo. Ella no se da cuenta. Permanece atenta a la sombra espesa de la pared del edificio vecino que tapia la ventana.

—¿Y sabes qué? Primero se negó. Pero al final, cuando ya había tomado la decisión y nada iba a cambiar porque el imbécil del que se había enamorado ya la esperaba en el sur de Francia, aceptó. Nada más para decirme frente a la consejera que lo nuestro estaba muerto y enterrado y lo mejor era aceptarlo lo más rápidamente posible. Ni siquiera pude abrir la boca porque se levantó y abandonó la oficina. Así. ¡Qué tal!

“¡Salud, cabrón”.

Eso dice Bobby.

Bajo la escalera hasta llegar a su lado.

—¿Está bien?

Insisto aunque sé que me ha oído.

—¿Necesita algo?

Pero ella no se inmuta, concentrada en su silencio.

Definitivamente aboliría los domingos. Son el peor día de la semana. Un día para arrepentirse de haber nacido. Salgo a pasear al parque bajo una luz cegadora que hace más chillones los colores de los globos. Las campanas de los carritos de helados y los silbatos de los vendedores de chu-

cherías son insoportables. Pero el agua en la fuente debería tranquilizarme. Desde hace tiempo todo parece muy lejano pero el malestar lo hace además extraño. Reconozco el parque, la gente que arrastra los pies de regreso de la iglesia, los niños que nacieron para perseguirse, la mujer que descubre una noticia perturbadora en el periódico que lee sentada en una banca... Todo me resulta ajeno.

“Lo que necesitas es un Ansiocalm.”

En lugar de seguir el consejo de Bobby camino de prisa, cruzo el parque y avanzo bajo la resolana. Sudo a mares, evito a los transeúntes pero a veces tropiezo con ellos, camino hasta dejar atrás todo y por fin me detengo cubierto de una película de sudor pegajoso que procuro quitarme de los ojos con el dorso para ver dónde estoy.

“Zorba” —indica el letrero.

Y recordando una semana en Creta al lado de Ann, continuó a toda prisa reprimiendo los sollozos.

El correo ocupa la primera parte de la mañana porque es necesario establecer intercambios con instituciones de prestigio y asociarse con aquellas que tienen acceso a fondos internacionales, revisar el currículum y los sílabos, sostener reuniones con los docentes, negociar condiciones sin descuidar un proyecto que nunca será el mejor ni el ideal pero que asegura un orden y una continuidad. Debo lograr que cada uno lo asuma como propio.

Así transcurren las primeras semanas hasta que al final de la jornada, de pronto, descubro que durante ese día no he pensado en Ann. Me intriga tener que esforzarme para recordar su voz y más todavía comprobar que las líneas de su rostro se desvanecen como si hubiesen sido trazadas sobre el agua. Una voz y un rostro hasta ayer tan presentes que formaban esencialmente parte de mí se hunden desapareciendo bajo la superficie del olvido. A una primera reacción de ansiedad sobreviene la calma, como sucede

después de una catástrofe que hemos vivido temiendo. Es como si la losa que pesaba sobre nosotros toda nuestra vida hubiera sido levantada y ya no existiera nada que temer. Es como un golpe de buena suerte.

En su lugar me sorprende descubrir a la mujer que vi la otra noche. Es como si la muerte hubiese sido reemplazada por la vida. En su mirada serena encuentro algo que me preserva. Me gustaría volver a verla. Si sucede, aprovecharé la ocasión para presentarme.

Un estallido hace añicos el agua como si fuera cristal. Sentado en mi cama soy incapaz de distinguir si se trata de una continuación del sueño o si estoy despierto. ¿Dónde? El estallido retumba. No es mi recámara. ¿Estambul? No. ¿Los Ángeles? ¿Y la puerta? A la derecha. No. A la izquierda. Topo con una pared y casi caigo, pero me recupero y salgo de prisa a un pasillo donde una cortina se hincha con el viento nocturno y flota, avanza y de pronto retrocede desinflándose.

Corro hasta la entrada, abro la puerta y salgo a las escaleras. Todo ocurre con velocidad desbocada. Ella está sentada en el mismo lugar. Voltea hacia mí y noto que sostiene una pistola. Me mira y por un instante creo que me disparará, pero apunta el arma contra sí misma. Me precipito escaleras abajo sin medir mis pasos y las escaleras giran hasta que me detengo en el descanso con un leve chasquido. No es la cabeza. Debe ser el cuello porque no siento nada.

Entonces suena otro estallido que recuerdo haber oído hace mucho, en esta casa que quizá nunca abandoné.







## ÍNDICE

ACECHANZA	7
LEALTAD	15
ES MEJOR ESPERAR	25
EN LAS HELADAS AGUAS DEL CÁLCULO EGOÍSTA	35
MIS NUEVOS AMIGOS	45
AQUÍ	57
FEDERICA	65
VOLAR	75
LA INTRUSA	81
AMANECER	89
EL REGRESO	99



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

*Rector*

María Teresa Uriarte C.

*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán

*Directora de Literatura*

Leticia García Cortés

*Subdirectora*

Víctor Cabrera

Martha Santos Ugarte

*Editores*

*Edificio La Princesa*, de Bruce Swansey, de la serie Rayuela de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de julio de 2014 en los talleres de EDM, en Heriberto Frías 1439, despacho 404, Col. Del Valle, México 03100, D.F. Se tiraron 1,000 ejemplares en offset en papel cultural de 90 g. La tipografía se realizó en tipos Veljovic Book de 11 puntos. La edición estuvo al cuidado de Víctor Cabrera y del autor.